

DESTINO



POLITICA DE UNIDAD

Núm. 233. - 3 de enero de 1942. - 75 cts.
SEGUNDA EPOCA — AÑO VI
REDAC Y ADM. RONDA SAN PEDRO, 7. — TEL. 11482

AÑO NUEVO

Al filo de la Noche Vieja las gentes sienten un remolino pavoroso azotarles la sien. El tiempo pasa y se renueva inexorable. Un año más cumplido deja en el paladar un gusto ácido. Por esto en la Noche Vieja el hombre procura aturdirse, y este paso trascendente y notorio del tiempo sobrecogiéndonos con un tic-tac de reloj definitivo, es sumergido en océanos de bullicio; la algarabía de la Noche Vieja, la algarabía novelesca de la madrugada de año nuevo es, muchas veces, una mascarada patética. El tiempo avanza.

Hay muchos seres, millones de hombres que habrán meditado este año, en la soledad dramática de los campos de batalla, el verdadero íntimo sentido de un nuevo año. En chavolas, en el seno de los tanques o de los submarinos, la Noche Vieja habrá sido hogano una larga y penosa noche. La inmensidad circundante, pavorosa, habrá situado a estos hombres cara a cara con Dios. La muerte les habrá estado rozando repetidas veces en el estrépito de los combates. Pero la idea de la eternidad jamás estuvo tan próxima como en esta Noche Vieja, en que el péndulo del reloj inicia su retorno con pausa. Las entrañas de la tierra, comidas por las explosiones, tienen bajo la planta aterida un jadeo mortal. El corazón pulsa irrefrenablemente.

El Sumo Pontífice, en su alocución de Navidad conciliaba a una grey dispersa y asustada y abría en los corazones un surco de serenidad con que adentrarse ahora en este nuevo año que comienza. Que comienza sin que se atisbe la duración del actual conflicto, recientemente extendido a todo el Globo. Millones de hombres luchan entre sí y aseguran odiarse ferozmente, ser irreconciliables. La voz de la Iglesia asevera todo lo contrario. Voz de conciliación, sùtiliza, por tanto. No todos habrán comprendido el caudal recóndito de amor, de generosidad, que discurre en las sabias y prudentísimas palabras del Pontífice. No obstante, no hay otras más capaces de penetrar en el corazón de los hombres, en estos inicios de año, pues son trasunto de una poderosa paz de ánimo, y traen consigo ecos de eternidad.

Las palabras del Pontífice han calado hondo en los acontecimientos. No son palabras desligadas adrede de la realidad más viva, sino todo lo contrario. Asombran a veces por lo concretas y certeras. Sin embargo, no se les puede imputar un ápice de apasionamiento. Un supremo tono evangélico infundeles un hábito supraterrrenal; la exquisita y dúctil sobriedad de las expresiones, junto a la conciencia de una efectiva realeza y soberanía, las aleja aún más del clima polémico y feroz al que se refieren y atacan. Lo más noble, lo más ponderado, lo más puro que exista en el corazón de los hombres se siente por ellas aludido; y pulsan éstos ya al unísono, milagrosamente enardecidos para el cumplimiento del deber, como a otros los enardezca para el combate un clarín o una arenga.

Toda la literatura circunstancial, episódica, pronunciada por los hombres de Estado en el curso de las guerras, envejece positivamente y, tras la liquidación de una batalla, produce ya una angustiosa impresión de anacronismo e infelicidad. Las palabras del Pontífice, en cambio, son perdurables. Porque la fe, si no es la fe sobrenatural, es artificial y efímera. El Pontífice propugnaba por un retorno a la fe de Cristo; y lo cierto es que, sea cual sea la religión profesada por los hombres que se batan, sólo los principios elementales de la verdad de Cristo daran prosperidad a los pueblos. Según palabras de Pío XII, el Mundo se ha perdido por el abuso de la libertad y por el abuso del poder. Para que la paz entre los pueblos sea un hecho, precisa que cada uno de éstos y cada uno de los gobernantes hallen la paz propia, la paz consigo mismos previamente. Y esta paz no es otra que la vigencia y arraigo de las verdades cristianas.



Los regalos de los Reyes Magos de Oriente llegan a los hogares a través de las oscuras chimeneas. Para que no se ensucien, este niño se dispone a limpiar la chimenea, habiéndose ataviado pintorescamente con el viejo sombrero de copa de su papá



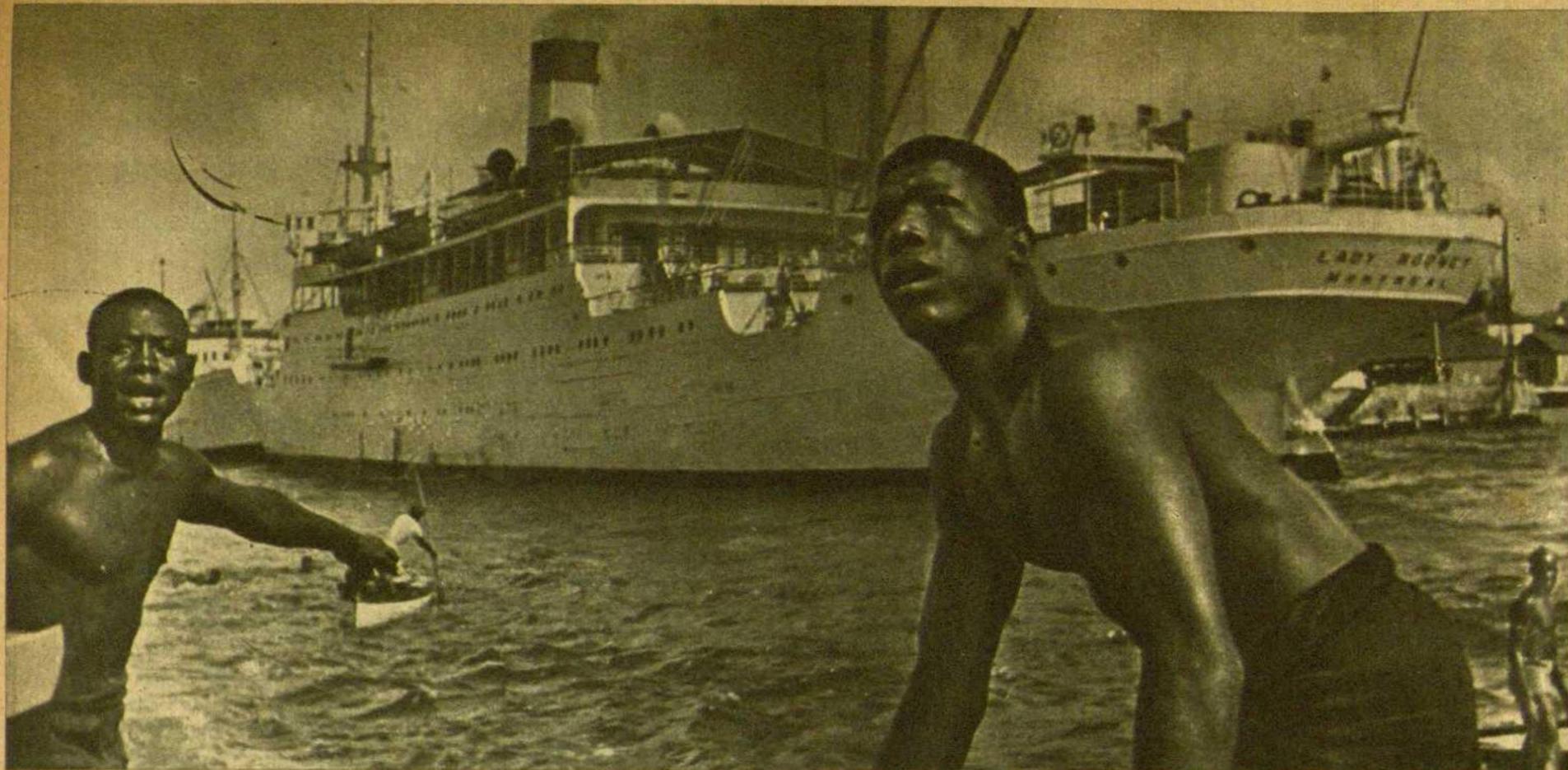
VEASE: En nuestras páginas interiores el reportaje
«Un español, juez en los Mares del Sur»
por el Presidente del Tribunal Mixto de las
Nuevas Hébridas, Manuel Bosch Barrett

El reportaje de JOSE PLA: **El conde
Keyserling y el vizconde de Güell**

En nuestra sección de Arte y Letras, el artículo de RAFAEL BENET:
«El pintor Juan Commeleran» ● Véase además el cuento de Pirandello:
«Soplo de aire», traducido para nuestro semanario por
Rosa Granés, ilustrado por Serrano

Los comentaristas de la política internacional, ANDRÉS REYES, SANTIAGO NADAL, JAIME RUIZ MANENT y J. RUIZ FORNELL, publican sus habituales artículos

En su nuevo formato, DESTINO sigue dedicando una preferente atención a todos los temas de actualidad



La guerra ha llegado a su máxima tensión en los mares tropicales, otrora pacíficos lugares de recreo. He aquí a unos negros «buceadores de monedas» del puerto de Nassau

EL MUNDO Y LA POLITICA

El nuevo orden cristiano

No vamos a comentar en esta breve nota los cinco puntos del discurso pronunciado por Pío XII con motivo de las fiestas de Navidad, porque cada uno de esos cinco puntos exigiría una amplia exposición. Mejor será limitarse hoy a ponderarlo con algunas observaciones marginales.

Ningún papa se había visto obligado a tomar una actitud ante un conflicto tan grave como el de una guerra realmente mundial. S. S. Pío XII, lo ha hecho dando la cara al enemigo, o sea al error y dictando verdades como puños. Podría el Papa evadirse en consideraciones místicas y vagas, evitando incluso las alusiones. Podría emboscarse en el arte de engarzar una multitud de citas de la Sagrada Escritura que disimularan el miedo al problema concreto. Pero esa música celestial no habría conmovido a nadie. Desde los profetas a los apóstoles, el buen pastor no ha rehuido los problemas concretos. El patrón de la nave de la Iglesia, la máxima autoridad moral del mundo, en el momento en que su barba se ve azotada por un temporal diabólico, no estaría a la altura de su misión si pretendiera hacer cara a la tempestad sólo implorando la protección divina y olvidando los remedios humanos más elementales. El Papa ha cumplido su misión con valentía, con precisión, con franqueza, en un estilo hasta ahora sin precedentes en la literatura pontificia. La radio imponía todas estas condiciones a la alocución papal. Las cartas encíclicas permiten una mayor extensión y que el tema sea agotado y tratado en forma académica. Una alocución radiada exige la brevedad y claridad máximas. Probablemente ningún otro discurso papal había sido escuchado con tanto interés por tantos millones de hombres.

Si las propagandas, ni la calumnia han podido durante esta guerra atacar el solio pontificio, la situación de Pío XII es mucho más delicada que la de Benedicto XV y, sin embargo, gracias a Dios, la insidia no se ha atrevido todavía a insultar al Papa. Se dirá que Pío XII es un diplomático de carrera, pero también lo era Benedicto XV. En su alocución dice el Papa: «Nos amamos, y de ello es testigo Dios, con igual afecto a todos los pue-

blos sin excepción alguna, y para evitar incluso la apariencia de estar movidos por espíritu parcial, nos hemos impuesto hasta ahora la máxima reserva.» Todo esto es cierto, pero esta reserva no ha impedido que en anteriores discursos el Papa hablara con gran claridad. «Teme ahora Pío XII que con motivo del discurso de Navidad las propagandas intenten, co-

bilidades de la guerra el Papa no entra porque, en realidad, son múltiples y muy repartidas. Indicando el camino de la paz que dan explicadas, si no las responsabilidades, las causas de la guerra. Con ello el Papa permanece fiel a su lema: «Opus iustitiae pax». La paz obra de la justicia.

Obsérvese que al señalar las condiciones de una verdadera paz no

estos cinco puntos está todo, incluso el problema social sobre el que tan claramente se ha pronunciado la Iglesia desde León XIII, problema que el Papa cree ha de llegar a un punto crítico en el momento de la desmovilización industrial. No falta nada en este discurso. Da la impresión de ser muy meditado y escrito con suma cautela. En esos cinco puntos no hay omisión alguna.

El Papa está convencido de que sus cinco puntos podrían salvar al mundo. Lo dice francamente y pide a sus discípulos, a todos los hombres de buena voluntad, concretamente a los escritores que le ayuden en la obra de propagarlos.

He aquí el texto que a esto se refiere: «Tal ordenación nueva que todos los pueblos desean ver realizada después de las pruebas y las ruinas de esta guerra, tiene que ser edificada sobre la roca inmovible de la ley moral, manifestada por el Creador mismo por medio del orden natural y esculpida por El en los corazones de los hombres con caracteres indelebiles: ley moral cuya observancia debe ser inculcada y promovida por la opinión pública de todas las naciones y de todos los Estados, con tal unanimidad de voces y de fuerza que ninguno pueda atreverse a ponerla en duda o a atenuar su fuerza obligatoria.»

Fíjese el lector en la contundencia del último miembro del párrafo transcrito: «con tal unanimidad de voces y de fuerza que ninguno pueda atreverse a poner en duda esta ley moral o a atenuar su fuerza obligatoria». Nótese especialmente las dos últimas palabras referentes a esta ley moral «fuerza obligatoria». No es pues materia opinable: se trata de preceptos de derecho natural. Como católicos no nos es permitido entrar en distingos sobre las condiciones de paz y todos desde nuestra esfera hemos de trabajar en la obra de allanar el camino de esa paz, de ese nuevo orden cristiano.

No falta nada en este discurso, hemos dicho. No falta nada, ni nada. El despido recuerda los emocionantes despidos de las cartas de San Pablo. Todos los que sufren son nombrados por su nombre. Pío XII envía su bendición a todos. La envía también a todos los nombres de buena voluntad. Caso tal vez sin precedentes en la historia de las encíclicas, el Papa bendice también a los protestantes y a los ortodoxos, a todos aquellos que



Mr. Churchill y Lord Beaverbrook a bordo del barco que les ha conducido a Estados Unidos, para la entrevista con Roosevelt

mo en tiempos de Benedicto XV hacerle objeto de su crítica mordaz?

En todos sus discursos, Pío XII ha tenido la habilidad de no matarse a señalar las causas de la guerra. La experiencia de la otra guerra ha demostrado que nadie quiere la responsabilidad del conflicto. Como si Pío XII partiera de esta adquisición de la experiencia, en lugar de engolfarse en las causas de la guerra, asunto espinoso, prefiere limitarse a señalar las condiciones de una paz justa. Oremos que esta habilidad explique el secreto del éxito de Pío XII. En la disputa sobre las responsa-

vacila Pío XII en usar la fraseología de un grupo de beligerantes. El pontifice en este y en otros discursos, habla del «nuevo orden». Oremos que la frase es japonesa, pero tan afortunada que incluso el adversario, al admitir que el mundo necesita una reforma radical, usa ya formas muy parecidas, si no tan afortunadas. Cinco puntos le bastan a Pío XII para vestir la paz; el respeto a todas las naciones por pequeñas que sean; el respeto a los derechos de las minorías nacionales; el reparto equitativo de las primeras materias; el desarme y el respeto a las libertades religiosas. Pero en



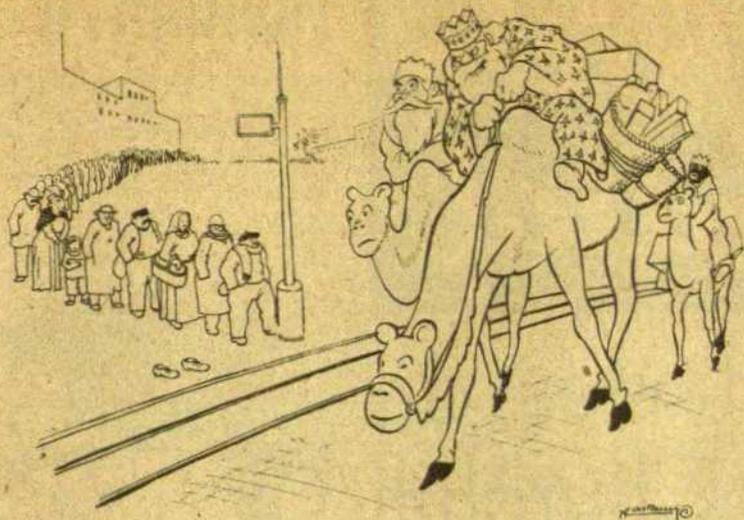
PALACIO DE LOS
REYES
GRANDIOSA EXPOSICIÓN DE
JUGUETES
ALMACENES
JORBA

aunque no perteneciera al cuerpo visible de la Iglesia Católica nos están cercanos por la fe en Dios y en Jesucristo, y con Nos concuerdan en la ordenación y los fines fundamentales de la paz. No podía Pío XII expresar con más fuerza el empeño que tiene en que todos los hombres de buena voluntad aúnen sus esfuerzos y hagan triunfar una paz que no prescinda de ninguno de los preceptos de derecho natural.

Hitler, generalísimo

Hay que añadir un capítulo muy importante a la historia del canciller Hitler. La vida de este hombre, tan extraordinaria como las más extraordinarias que narra Plutarco, es de una sorprendente simplicidad de líneas. Estudiante de arquitecto, carrera que no pudo completar por falta de medios, soldado durante la guerra de Sarajevo, funda un partido después de la derrota alemana y llega a Jefe del Estado con una fuerza de autoridad que, según confesión suya, Alemania no había visto en muchos siglos. Cuando, bajo su mando, el Reich emprende la guerra contra sus enemigos hace maravillas y trastorna la técnica militar. Su vida ha sido comparada a la de Napoleón. Sin embargo, los enemigos del Führer seguitan diciendo que existía una diferencia importantísima entre Bonaparte y el Führer. El curso — decían — disfrutará siempre de una gloria militar única, puesto que planeaba y dirigía las batallas personalmente. Pero he aquí que el día 21 de diciembre de 1941, la radio alemana informaba al Mundo que el Führer asumía personalmente el mando supremo y directo del Ejército. Inmediatamente, una nota oficiosa alemana comentaba el hecho, diciendo: «Se recuerda a este respecto en los medios militares que los planes estratégicos de la campaña de Polonia en todas sus fases, la empresa ejemplarmente audaz de Noruega, las campañas de Francia y los Balcanes, la ocupación de Creta, las operaciones del general Rommel en África del Norte y, sobre todo, las gigantescas batallas de destrucción en el Este, se deben únicamente a la iniciativa y al genio del gran jefe militar, del Führer en persona, que, por consiguiente, ha asumido siempre en la práctica el mando de los ejércitos alemanes. Por ello la fusión del mando de todas las fuerzas armadas alemanas con el Alto Mando del Führer, no constituye más que la expresión de una realidad militar ya existente.»

Se había ya afirmado que el Führer era el generalísimo de las fuerzas alemanas, pero como casi todos



LOS REYES MAGOS

--Si no podemos dejarle un tranvía, tendremos que prestarle los camellos.

los Jefes de Estado se otorgan este título, podía ponerse en duda que fuera él el autor, el general de tantas batallas victoriosas. Habrá, pues, que añadir un capítulo, y no uno de los menos interesantes, a la biografía de Adolfo Hitler. La historia le comparará con los más grandes genios militares de todas las épocas. Lo que ha hecho este hombre, este estudiante de arquitecto, con la espada en la mano, no lo ha superado tal vez nadie, según reconocen sus más acérrimos enemigos. Como general, su trabajo no podía ser más brillante. Napoleón podría llamarle «camarada».

La gloria militar ha deslumbrado siempre a los hombres. Incluso los historiadores pacifistas han dejado impresionarse por la gloria fugaz de Alejandro el Grande y de Napoleón. El mismo Stalin ha sentido algo más que el cosquilleo de la pasión castrense: se ha dejado llevar por la fascinación de la gloria militar, una gloria más o menos directa. Todos los grandes caudillos de la Humanidad, sin descontar Mahoma, han empuñado la espada, el látigo del pastor de grandes multitudes.

Hay, sin embargo, un detalle que llama la atención y que un militar de carrera podría desarrollar brillantemente como un tema de conferencia. Debe haber algo de sorprendente en el genio militar de los grandes conquistadores. Acaso a los hombres-cumbre que han ilus-

trado el arte de la guerra, podrían distinguirse entre conquistadores y generales. En una palabra, los conquistadores, al estilo de Hitler, los genios militares sin carrera, han actuado por lo menos tan brillantemente como los generales de Academia. Plutarco nada refiere de los estudios militares de Alejandro el Grande. Nos dice sólo que cuando era casi un niño, viéndose obligado, en ausencia del rey Filipo, su padre, a recibir al embajador del rey de Persia, le acribilló a preguntas sobre los caminos que llevan a Persia, sobre las distancias, sobre la fuerza del ejército y la conducta del monarca persa ante sus enemigos. Es indudable que Alejandro dominaba la ciencia militar de su época, pero más que un militar parece un intelectual. Por lo menos le interesaban tanto la filosofía, la literatura, la geografía, la medicina, la historia natural y las ciencias ocultas como el arte de la guerra. Sin embargo, por la educación recibida podríamos clasificar al rey de Macedonia entre los militares de carrera, así como a Ezequiel, el Africano, y a Anibal, cuyas batallas fueron a piano cuidadosamente dibujado y meditado. Ya sería más difícil clasificar entre los militares de carrera a Atila, Gengis Khan y Tamerlán y a los jefes que dieron el triunfo al islamismo. Claro que podría alegarse que Adolfo Hitler durante los nueve años que ha gobernado el III Reich ha vivido rodeado de generales eminentes y ha podido estudiar todo lo referente al arte militar. Pero cuando tras de relevar a un hombre de la capacidad de von Branchitsch se afirma ante el Mundo que la conquista de Europa ha sido dirigida directa y personalmente por el Führer, preciso es reconocer que este hombre está dotado de un instinto militar extraordinario.

Inútil dar vueltas al asunto. Lo que nos atreveríamos a afirmar sin temor a equivocarnos es que cuando Adolfo Hitler haya pasado a la Historia, alrededor de su tumba, no sabemos si modestísima o gigantesca como una pirámide, se levantará otra pirámide de literatura. En el siglo XXI, y más allá todavía, habrá, como en el caso de Napoleón, admiradores fanáticos y también enemigos fanáticos del Führer del III Reich. Este hombre será estudiado minuciosamente, examinado con lupa. Su concepción de la vida y de la política interesará tanto como su conquista del poder, como sus batallas. Y de la misma manera que la III República francesa impulsaba los estudios napoleónicos, un día el Estado alemán, hitleriano o no, impulsará los estudios hitlerianos. Como en el caso de Napoleón, a favor de la perspectiva, admiradores y adversarios reconocerán que ni la historia antigua, ni Napoleón, ofrecen el ejemplo de una vida tan singular y tan brillante. Napoleón llegó al poder abriéndose paso con la espada, como todos los que no han nacido príncipes. Hitler, caso tal vez único, o por lo menos el de más magnitud, llegó al poder sin espada y la ha manejado acaso mejor que el gran corso.

ROMANO

MUEBLES FORNONS
P.º Gracia, 98. T. 74915. Barcelona

CALENDARIO SIN FECHAS

TEMPERATURA DE ISURERO. — Primero, pasados unos días —unas semanas— de densa humedad y de neblías bajas. Luego, como cada año por este tiempo, llegaron los días crudos y fríos. El refrán lo dice con claridad inexorable: «*quan el dia creix, el fred neix*».

Encontrándome, uno de estos últimos días, en Barcelona, entré en una de las salas de espectáculos más céntricas y concurridas. Me sorprendió una cosa: ver que la mayoría de los espectadores tenían el abrigo puesto. Algunos estaban en sus butacas con el cuello del sobretodo levantado, las manos en los bolsillos, el cuerpo recogido y quebrado. El espectáculo que se estaba representando se desarrollaba en un ambiente muy desapacible; la obra figuraba que había caído una gran nevada. Al principio creí que los espectadores estaban bajo la influencia de la obra que se estaba representando y que las heladas circunstancias del espectáculo estaban influyendo poderosamente en su ánimo.

Lo cierto es, sin embargo, que no era ni el argumento de la obra, ni la psicología de los personajes, ni el ambiente lejano y nórdico lo que mantenía al espectador con el abrigo puesto y el cuello alzado. Era una cosa bastante más sencilla: en el espectáculo el frío era intenso, desagradable, destilado. El calor humano no tenía fuerza para luchar contra la frialdad triunfante del local. Sintiéndolo mucho, renuncié a cohercer el desarrollo y desentace de la obra. Me marché del espectáculo. Como el poeta Bartrina, puedo decir que todo lo sé. Sé que por el carbón nacional para calefacción se paga un ojo de la cara. Que se va a utilizar el orujo para la calefacción. Que habrá que acoplar los viejos aparatos a un aparato nuevo, etc., etc. También sé que las localidades de los espectáculos se pagan caras. Incluso sé que hace tanto frío ahora, en las barracas, como antes. Y mi idea es esta: si un espectáculo no ha resuelto el problema de mantener al espectador en un estado de relativa comodidad, no creo que valga la pena de llamarlo un espectáculo, aunque se representen en él obras de Shakespeare, de Calderón, de Torrado o reportes tremendos que ocasionan la muerte de los que los fotografian. Un espectáculo así es un lugar de tortura, de un interés mediocrísimo; algo relacionado con los reglamentos de higiene de los espectáculos.

Otra cosa que me ha sorprendido siempre en este país es ver la cantidad de gente que vive en casas de aspecto brillante —o relativamente brillante— y que tienen sabañones en las manos. ¿Por qué en el norte de Europa la gente no tiene sabañones y, en cambio, se tienen en el sur? En aquellas latitudes remotas son corrientes las temperaturas de veinticinco grados bajo cero. Aquí, en cambio, cuando se llega a menos cuatro o menos cinco grados, los periódicos se consideran obligados a publicar eruditos comentarios. Antes era desagradable entrar en una tienda a comprar un panecillo y encontrarse con que la señora que envolvía el alimento tenía las manos tumefactas de sabañones. Ahora se contempla el mismo fenómeno cuando uno va a por la margarina o el boniato. ¡Estas manos hinchadas, doloridas, deformes! No es sorprendente que las víctimas más castigadas del frío se den en este país de sol, de cielo azul y de almendros en flor?

Contra los sabañones, la gente lucha yendo a ver un médico, comprando cremas y pomadas en las farmacias. No se logra nada. ¿Qué se va a lograr? La señora Eleonora —Dusse solía decir, según sus biografías, que en el Norte el frío se ve, pero no se siente y que en el Sur el frío se siente y no se ve. Para curar los sabañones hay, primero, que partir de la idea que nuestro sol de invierno, nuestro cielo azulado y nuestros almendros en flor son puras ilusiones del espíritu, térmicamente hablando. Luego ha de reconocerse que en nuestras casas habitaciones reina un frío glacial. Esto es un hecho indubitable; la permanencia, en invierno, en nuestras casas habitaciones, es un sacrificio. Cuando viene una visita, se hace un esfuerzo y a base, generalmente, del soplo humano, se eleva la temperatura del salón enfundado. Pero persiste la idea de siempre: que el frío no es un problema de primera necesidad, que es más importante llevar los zapatos bruñidos, corbatas mirabolantes, jugar a la lotería o ir al cine, que tener una casa habitable. ¿Queréis acabar con los sabañones? Construid en vuestra casa un rincón donde se pueda estar sin necesidad de llevar el cuello del sobretodo levantado.

Los sabañones son una remora nacional. Estas manos hinchadas y violáceas demuestran que ante el frío vivimos, en este país, en un estado de dolor inútil, extravagante. Afite el frío, ¡qué mala cara pone la gente! ¡Qué sensación de sorpresa desagradable! Y sin embargo, hace ya varios milenios que hace frío en invierno. Cada año sucede lo mismo; nos damos cuenta de la existencia del frío cuando nos helamos. Y la solución es siempre la misma: vivimos en casas frías y al salir a la calle nos abrigamos. Pero en la calle hace raramente frío aquí. Es en las casas donde lo hace. La solución no está en abrigarse en la calle, sino en hacer la casa potable —lograr que al menos se pueda en ellas trabajar.

Esto es, a mi entender, lo que ante todo justifica enfocar con seriedad el problema del frío. El frío constituye una molestia inútil, una desgracia gratuita, que impide trabajar. ¡Cuántos años, cuántas docenas de años no hemos perdido tirando de frío al sol, ante el cielo más azul y rutilante que uno puede imaginarse! Y luego todas las otras cosas. ¿Por qué en nuestro país las puertas y ventanas que se cierran bien han de ser objetos de lujo, objetos que sólo pueden alcanzarse si uno ha sido favorecido por la Fortuna en términos generosos y espectaculares? ¿Por qué estos mosaicos, tan frescos en verano, no han de estar separados, en invierno, de las suelas de mis zapatos, por, al menos, una modesta estera de esparto? ¿Y por qué en las casas ha de haber tantas corrientes de aire? Si los arquitectos tuvieran la costumbre de sacrificar lo práctico a la belleza y a la estética, deberíamos callarnos. ¿Pero no será más prudente dejarlo?

No creo que podamos ser chovinistas. La modestia es obligada. Hay una infinidad de problemas elementales que no han sido ni planteados. Ante los problemas del frío, los esquimales podrían darnos lecciones bastante estimables.

JOSE PLA

LA FLOR DE LOS CHAMPAGNES

MONT-FERRANT

MARGINALES

DE ALASKA A KAMOHATKA

Para cruzar los 15,000 kilómetros que separan las bases navales que los Estados Unidos tienen en la metrópoli, de las costas japonesas, habían ocupado los norteamericanos una serie de islas que servían como de estaciones en el largo camino. Ocupadas algunas de ellas, como Wake y Guam, amenazadas constantemente otras, parece que en Washington vuelven a pensar en la ruta del extremo norte. Desde la base más oriental de las islas Aleutianas, pertenecientes a los Estados Unidos, hasta el puerto de Petropavlovsk, en la península rusa de Kamohatka, no median más que 2,700 kilómetros. La diplomacia americana se empeña en conseguir de la Unión Soviética la cesión de dicho puerto. Para operaciones navales no se presta mucho, sobre todo en invierno, por cuanto durante cinco meses los hielos cierran el puerto. En cambio, Petropavlovsk se presta admirablemente a una ofensiva aérea. Con una base de aviones en tal punto, los norteamericanos amenazarían directamente las pesquerías de Sajalín, que constituyen una de las bases principales de la alimentación japonesa, así como el suministro de petróleo de la misma isla de Sajalín, indudablemente la instalación de los norteamericanos en tal punto representaría contra el Japon una gran ventaja. Faltaría ver si Rusia se deja vencer, o si prefiere mantener con los nipones la actual inteligencia, que le deja algo libres las manos para luchar en Europa contra el ejército del Reich.

DOS VENTAJAS NIPONAS

En la guerra naval entablada entre los Estados Unidos y el Japon hay que destacar dos factores que dan a la Escuadra japonesa una positiva ventaja sobre la americana. La primera es la mayor velocidad de los modernos acorazados nipones, cuya marcha supera en 6 millas por hora a los acorazados yanquis. Esta mayor velocidad se ha conseguido, desde luego, a expensas de un menor tonelaje, pues esos buques nipones no desplazan sino 29,500 toneladas, contra unas 32,000 toneladas que, como término medio, desplazan los acorazados norteamericanos. La otra ventaja a que nos referimos es la de una superior aviación naval. Con sus seis grandes portaaviones y otros seis buques madre, la aviación naval japonesa está muy por encima de la yanqui. Los golpes dados contra las bases navales de Hawaii, Guam, Wake, Midway, etc., sólo han sido posibles con ayuda de la aviación que acompaña a la Escuadra. El hecho es tanto más notable cuanto hasta el año 1908 corría la extraña especie de que los japoneses no eran buenos aviadores, que no lo podían ser por ciertas deficiencias en el factor hombre, que achacaban a la misma raza nipona. La realidad ha venido a demostrar cuán falsa era aquella creencia.

Desde luego, contando como cuentan los anglosajones, con la continuación de la guerra en 1943 y 1944, en la lucha entablada entre los Estados Unidos y el Japon cuentan mucho las construcciones navales en curso. Pero en este punto andamos como entre tinieblas. Primero, porque no sabemos cuántos buques tienen los japoneses en construcción, y luego, hasta qué punto no podrán los yanquis, con su intensidad de recursos industriales, saltar las etapas y botar los acorazados que se están construyendo antes de los plazos fijados.

El conflicto mundial

Las verdades de Winston Churchill

—Caramba, siempre las mismas fechas: ¿Es que se han puesto de acuerdo para fastidiarnos? 1943... 1944.

—¿Esperaba usted otra cosa? Democracia es imprevisión; democracia es a menudo incompetencia. Vea lo que ha ocurrido en las islas de Hawaii. Ha habido ejemplos en la historia de que un jefe mediocre ganara una batalla; pero ninguna fue librada con buen éxito por una asamblea. Donde mandan muchos, no manda ninguno. Las democracias no estaban preparadas, mientras que los Estados totalitarios lo tenían todo previsto. Mientras se negociaba en Washington, los japoneses preparaban con los mejores detalles la conquista de Hong-Kong; tenían, incluso, tropas especializadas en nadar, para cruzar el brazo de mar que separa la isla del Continente. ¿Cómo quiere usted que las democracias compitan con tanto talento organizador?

—Comprendo; sólo en la resistencia pueden, hoy por hoy, tener puesta su esperanza.

—Así es. Si consiguen no perder la guerra, no es imposible, en efecto, que dentro de año y medio ya puedan medir sus fuerzas con las del Eje en igualdad de circunstancias. «No perder la guerra». Evitar que los alemanes desembarquen en Inglaterra y que destruyan las flotas reunidas de las Potencias anglosajonas. Porque campañas si que han perdido y seguirán perdiendo. No sé hasta qué punto tendrán asegurado el Canal de Suez. A pesar de sus éxitos indudables y rápidos en Libia, están expuestos cada día a un contraataque del Eje. Su posición en el Oriente Medio depende de la actitud de Turquía. En Asia Oriental se ha derrumbado en pocas semanas la resistencia. Los sucesos son tan desagradables como en la primavera de 1940, cuando la campaña francesa. «No todas las noticias son malas», dice Churchill, para consolar a ingleses y yanquis. Libia, Rusia. Si, todas no son desastrosas, pero las buenas sólo para un optimista empedernido consiguen contrabalancear el efecto de las otras. ¿Quién podría crear, por ejemplo, que da lo mismo conquistar Bengasi que perder Hong-Kong? Si Churchill acierta, es decir, si se sigue luchando en 1943, ya se puede dar por satisfecho.

—Seguramente espera detener la acción devastadora de los submarinos.

—Eso parece. Ignoro si los submarinos actúan menos o si navega ya menor número de mercantes, pero no se oye hablar con tanta frecuencia de hundimientos de convoyes enteros. Tiene razón Churchill, al decir que, en definitiva todo depende de la batalla del Atlántico. Mientras Inglaterra resista, a pesar de su posición de fortaleza sitiada, y mantenga las comunicaciones con los Estados Unidos, todo no está aún perdido.

—También dice otra cosa el «primer» algo que deja prever un nuevo Tratado de Westfalia para el caso, poco probable, que los aliados ganen la guerra.

—Si, dice entre líneas, que la Paz de Versalles ha sido demasiado blanda. La guerra no era inevitable, en el sentido de que con una Alemania deshecha no se hubiera producido. Sólo se trata de saber si en 1919 hubiera sido posible reanudar la obra de Richelieu. Además, si el Tratado no ha sido bastante enérgico, la culpa no la tiene Francia, sino la misma Inglaterra. Si se hubiese escuchado a Foch y Mangin, las fronteras de Francia hubieran alcanzado el Rin. Sin la protesta inglesa, los franceses se hubieran quedado en 1923 con la cuenca del Ruhr. «De haber permanecido unidos después de la última guerra, hubiéramos evita-

do esta nueva plaga», dice Churchill, y esta vez tiene razón. Alemania debe su resurrección esplendorosa a las democracias, que temían el nuevo imperialismo galo o esperaban pingües beneficios del mercado alemán. Si en los Estados Unidos hubiese mandado Wilson y no el Senado aislacionista, si en Inglaterra el jefe del Gobierno hubiese sido Churchill en vez de Lloyd George, los anglosajones no hubieran abandonado a Francia. Es indudable que la Paz hubiera podido ser enteramente diferente.

—De modo que tienen razón los alemanes cuando afirman que no sólo su porvenir político, sino incluso su vida material depende del resultado de la lucha.

—Desde luego. Goebbels está en lo cierto cuando afirma que si se pierde la guerra, generaciones enteras no comerán sino patatas y remolacha. Como la guerra ha de prolongarse bastante, los destruidos van a ser de tal magnitud, que el vencedor vivirá mal y el vencido apenas vegetará. Se trata realmente de una lucha social; los pueblos proletarios quieren vivir mejor. Es un deseo natural, humano, justificado. Y es una lástima que se necesiten guerras para llegar a un resultado que lógicamente debiera conseguirse mediante negociaciones.

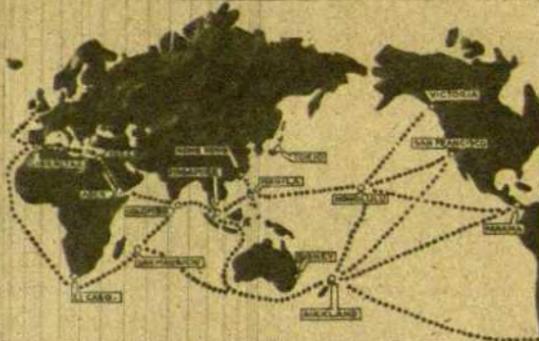
ANDRES REVEZ

Inglaterra y el Pacífico

Prescindiendo de la repercusión que el conflicto en el Pacífico ha tenido y tendrá para el desarrollo futuro de la guerra en cuanto ha de restar a la Gran Bretaña parte de las aportaciones que venía recibiendo de Norteamérica, queremos en estas líneas subrayar la importancia que los éxitos japoneses pueden tener en relación con las líneas de comunicaciones estratégicas — logísticas — de Inglaterra.

El mapa adjunto muestra el panorama general de estas vías que, partiendo de Southampton, ligan la Metrópoli con los lejanos territorios.

La línea más económica, y por ello también la más favorable estraté-



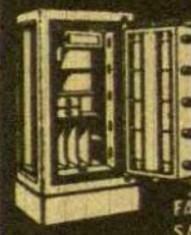
gicamente, es la que atraviesa el Mediterráneo salvando las angosturas de Gibraltar y Suez y, después de tocar en la India, continúa a través de Singapur, hacia Australia por un lado y hacia América por la ruta imperial americana (Manila-Honolulu-San Francisco).

No haremos mención tampoco en esta ocasión del problema del Estrecho atlántico-mediterráneo ni del paso al Mar Rojo, dirigiendo nuestra vista más al Oriente, hacia aquellas regiones en donde actualmente la ofensiva japonesa es más activa.

En ellas veremos que Singapur, como otro Gibraltar, se interpone entre los mares Índico y Pacífico. Si este paso — ya muy amenazado — llega a ser perdido por la Gran Bretaña, su camino hacia las Indias holandesas en donde la economía de guerra británica encuentra tanta ayuda, quedará cortado y el que llega a Australia (importante fuente de hombres y materias primas) se verá enormemente alargado al tener que rodear por el Sur el pequeño continente. Y esta última vía sería también la única utilizable para llegar hasta las costas americanas.

Los desembarcos en Filipinas, Borneo y Península Malaca ponen en grave peligro la libertad de navegación de los barcos del Imperio inglés por el Estrecho de Singapur, creando así una dificultad logística más al Almirantazgo inglés.

J. RUIZ FORNELLS



ARCAS "SOLER"

**de un solo BLOQUE MACIZO
CON BLINDAJE (patentado)**
incombustibles e imperforables al SOPLETE

FABRICA Y DESPACHO ALDANA 3 BARCELONA TEL. 31853
SALON DE EXPOSICION ALDANA 5 TEATRO CIRCO OLYMPIA

El Japon lleva el juego

Sorprende advertir el extraordinario empuje del Japon en estas primeras semanas de operaciones. Después de su brusca entrada en liza, con el ataque a las flotas yanqui e inglesa sin previa declaración de guerra, sus tropas han efectuado desembarcos en Malaca, Luzón, Mindanao, Cebú, Borneo, quizá Nueva Guinea, Wake, Guam y las islas Gilbert, avanzan sobre Singapur, están a punto de ocupar Manila y han desencadenado una ofensiva contra los chinos, que, en el momento de escribir estas líneas, parece adquirir singular importancia. Y decimos que sorprende, no precisamente a causa del bloque económico a que el Imperio estaba sometido en los últimos tiempos, y a pesar de las conocidas cualidades militares de sus hijos, sino a causa de la guerra de China, que se había considerado como seriamente agotadora y como un obstáculo prácticamente insuperable a toda otra aventura bélica.

Pero hay que reconocer que los comentaristas habían olvidado con exceso o, quizá, no habían dado demasiada fe a la posición oficial de Tokio respecto a la China de Chungking en estos últimos tiempos. Después de las rápidas victorias japonesas de 1937 y 1938, al ver que la resistencia china, dirigida por Chang-Kai-Chek, no cedía, el Japon decidió no llevar ya a cabo otra ofensiva de importancia, limitándose, por lo contrario, a establecerse en una zona bien asegurada y desde allí intentar por otros medios hacer ceder la oposición china. Así, el ministro de Negocios Extranjeros declaraba, en 1938: «Para que extender

nuestras líneas de comunicación y aumentar constantemente nuestros efectivos en China? Nos detendremos en algunos puntos determinados y esperaremos a que el Gobierno central entre en razón. Si los ejércitos chinos nos atacan, les rechazaremos. Si el Gobierno quiere la paz, tanto mejor; pero tendrá que dar pruebas de su sinceridad».

Lo cierto es que, en estos momentos, parece que la dirección — de hecho, puesto que de derecho no puede haberla — haya pasado de Europa al Asia, y que sea el Japon quien haya substituido, relevado en cierto modo, al Eje en la iniciativa de la guerra. Sus propósitos estratégicos son bien claros y se fundan en una idea básica sumamente interesante: ocupar o neutralizar todas las bases, marítimas y terrestres, con que pudieran atacar a Imperio, antes de que aquéllos se repongan del golpe inicial sufrido en los primeros instantes de la guerra.

De ahí la extraordinaria actividad de que dan muestra los japoneses desembarcando en todas las islas enemigas sin detenerse; con un método, por cierto, bien distinto del empleado por los alemanes en Europa, consistente en llevar hasta el fin cada operación emprendida sin distraer la atención en otros menesteres. Los japoneses, contrariamente, dispersan su acción en un radio de miles de kilómetros; pero es que allí las circunstancias estratégicas son totalmente distintas: el desembarco con que los japoneses se mueven en aquellos mares

es tal, que da la sensación de que operan en un mar desierto. Y, de hecho, los parajes deben estar prácticamente desiertos de fuerzas enemigas.

Pero los ingleses, que habían desafiado, al principio, el valor de la intervención japonesa, empezaron a comprender el extraordinario peligro que representa. Inglaterra, en efecto, no es sólo la Gran Bretaña, sino un gigantesco imperio mundial cuya base principal se encuentra en Asia, que no en vano Disraeli, con su amplia visión poética, coronó a su Soberana con la corona de Emperatriz de las Indias, que han heredado sus sucesores. La amenaza, pues, contra la piedra angular de la gigantesca construcción británica es seria; y urgente, puesto que los japoneses operan con extraordinaria velocidad, mientras que sus enemigos se ven forzados a insistir en su estrategia a largo plazo.

Sin embargo, no se trata sólo de las bases navales. Es evidente que los anglosajones, en los últimos años, han venido aprovechando la resistencia de Chungking para los fines de su política antijaponesa. Su interés consiste, pues, en poder seguir utilizando aquel instrumento. Pero el Japon tiene el interés contrario de eliminar esa posible base de acción de sus enemigos, antes de que éstos se encuentren en disposición de utilizarla ampliamente. De ahí la ofensiva militar, acompañada de otra ofensiva política, y destinadas ambas a eliminar la resistencia de Chiang-Kai-Chek.

Parece que la entrada de los

TALLERES DE CONSTRUCCION DE MAQUINARIA PARA FABRICAS DE HARINAS Y TURBINAS HIDRAULICAS

F. y R. Pané y Cia. S. D. A. L. T. D. A.

Almogávers, 181 al 189
Teléfono 52131
Dirección teleg. Josepane
BARCELONA

Estados Unidos en la guerra ha empeorado la situación del famoso mariscal, dificultándole sobremanera el apoyo en masa sin el cual no puede subsistir. Por eso existen en China diversas corrientes partidarias de llegar a un acuerdo; en este sentido tiene significativa importancia el nombramiento de Song para el cargo de ministro de Negocios Extranjeros de Chungking y su pronta desaparición haciéndose cargo de la cartera el propio generalísimo chino, que, en los delicados momentos presentes, quiere llevar por sí mismo toda la política de su Gobierno.

La cuestión de las relaciones con Rusia debe estar íntimamente ligada con la de China. Es evidente que para el Japón es muy interesante que una intervención prematura de Rusia no venga a fortalecer la resistencia china antes de que hayan hecho su efecto la acción políticomilitar que tiene en desarrollo contra el Gobierno del mariscal. De ahí la extraña situación de las relaciones niposoviéticas, puesto que, por otro lado, tampoco los Soviets tienen prisa por entrar en una lucha que les obligaría a distraer su atención del frente europeo.

¿Que hace, entre tanto, el Eje, en el otro extremo del inmenso continente eurasiático? Simplemente: mantenerse a la defensiva. En Rusia y en Libia. ¿No pasarán a la ofensiva? ¿En qué teatro, en caso afirmativo?

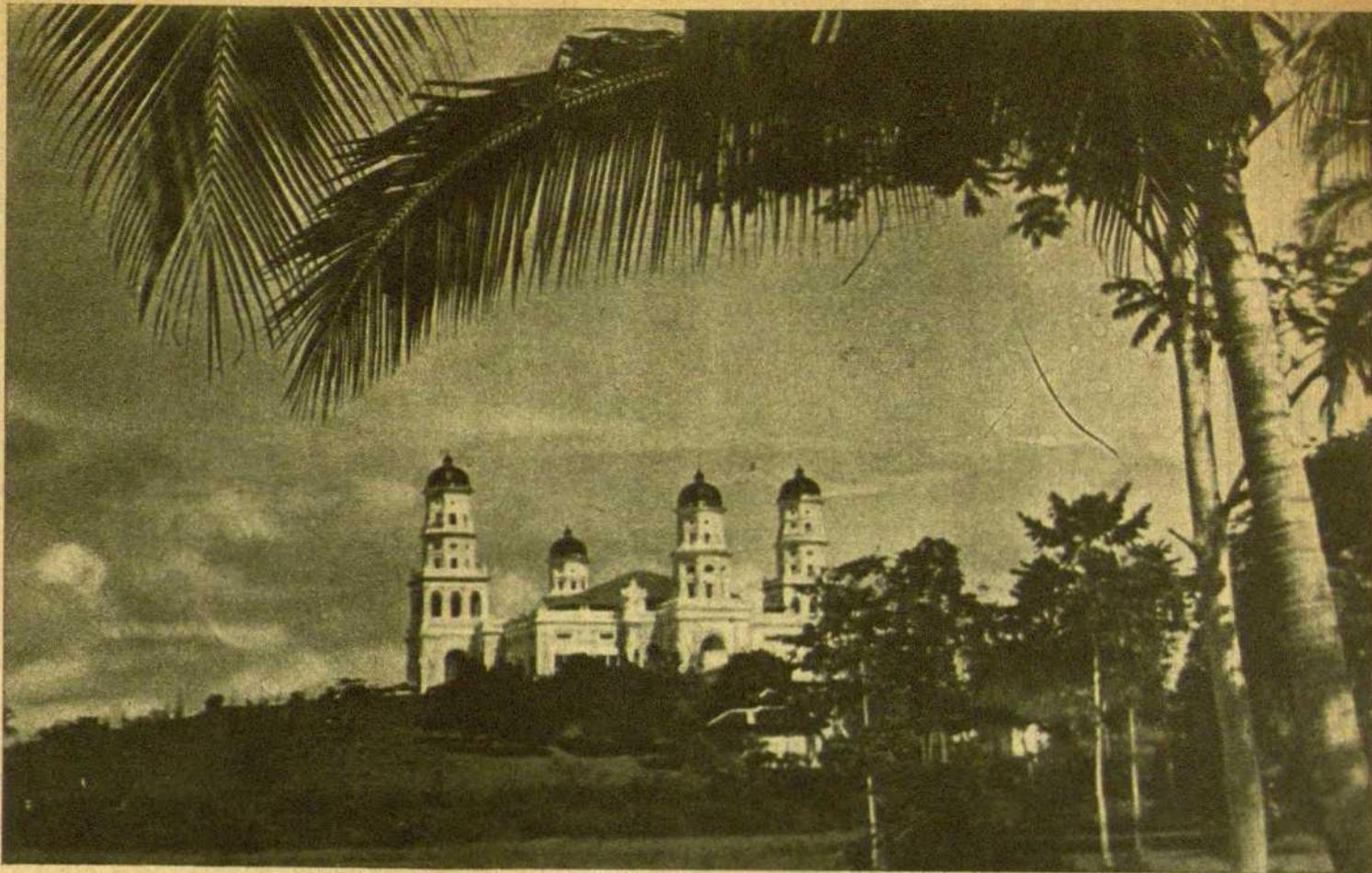
No es sólo la proclama de Hitler al hacerse cargo del mando directo del Ejército de tierra —combinación hija de lo pasado y de lo presente, tanto como de lo futuro— lo que inclina a creer que no pasará el invierno sin algún intento militar en Occidente; es la misma lógica de la situación que aconseja aprovechar la coincidencia de la ofensiva japonesa para forzar al enemigo a dividir hasta el máximo sus fuerzas y su atención hasta el máximo.

Pero la dificultad está en encontrar el posible teatro de operaciones. Turquía parece, en ciertos aspectos, el más probable. Pero no hay que olvidar que si el frío es obstáculo en Rusia, la meseta de Anatolia «goza» de inviernos tan crudos como los de las estepas y bosques rusos; además, las dificultades militares serían parecidas puesto que los rusos no dejarían de defender el Cáucaso por el Sur con el mismo encarnizamiento con que lo defienden por el Norte. Cabría el paso por Turquía para buscar el camino de Suez, o del Oriente Medio, pero la dificultad climática persiste si el paso ha de ser violento; y de una entrada voluntaria de Turquía en la guerra, de un lado o de otro, no hay el menor síntoma.

¿Y el norte de África? No hay que olvidar que, tal como están las cosas, es un teatro bastante secundario de las operaciones; y, además, punto fundamental: Francia no se decide a entrar en la vía de la colaboración a fondo con el Reich.

Queda la vía de Inglaterra, que un cronista barcelonés en Turquía, Juan Ramón Masoliver, indicaba como probable según opinión de los círculos cosmopolitas, diplomáticos y periodísticos en Ankara. Las dificultades técnicas, disminuidas, ciertamente, por la gran dispersión de la flota inglesa, subsisten, con todo, y en cuanto al efecto, aunque sea imposible prever cuál sería, en caso de victoria del asaltante, no puede menos que dudarse de que fuera decisivo. A no ser que el Eje tratara de eliminar, a imagen del Japón, toda base de apoyo enemiga en las proximidades de Europa, y tuviera el proyecto, luego, de organizar las conquistas logradas sin buscar ya una decisión militar que la inaccesibilidad de los enemigos haría imposible.

SANTIAGO NADAL



La ofensiva nipona de Malaca pone en grave riesgo la posición-clave británica de Singapur, base de todo el poder inglés en Extremo Oriente. He aquí un aspecto de la plaza.

Singapooore y su complemento

Al imaginar el proceso de formación de la formidable grandeza del Imperio Británico, quien no esté versado en la Historia puede figurarse una ininterrumpida sucesión de Gobiernos hábiles y capaces desarrollando con escrupulosa exactitud, a través de los siglos, un plan trazado. Pero a menudo lo que hizo la suerte de Inglaterra no fueron tales gobiernos, sino la visión superior de una serie de individuos que, obrando muchas veces contra el parecer de los gobernantes, acabaron por arrastrar a la nación. Podrían repetirse los ejemplos, que no terminarían con los que sugieren los nombres de Lord Clive y Cecil Rhodes.

Recordemos no más el caso de Stamford Raffles, quien, contra el parecer y la voluntad de Londres, plantó, el 6 de febrero de 1819, la Unión Jack en esa isla pantanosa y malsana que constituye el extremo sur de la península de Malaca por la sencilla razón de que a él le pareció que un punto de importancia política y estratégica tan enorme sólo podía pertenecer a su patria. Contra su propio Gobierno obró, y razonó su extralimitación con estas palabras, que se leen en el memorial que envió:

«La nueva estación dispone de todas las ventajas apetecidas en relación a su posición geográfica y a las condiciones locales, un puerto excelente colocado en el camino de China, con todas las circunstancias que facilitan la protección del comercio. Todo buque que pretenda atravesar el estrecho tiene que pasar a menos de media milla de nuestra bandera. Este lugar, tanto desde el punto de vista estratégico como político y comercial, tiene un valor mucho mayor que el de continentes enteros.»

A más de un siglo de distancia no es posible ponderar más la importancia de la isla de Singapooore. Entonces, como ahora, Singapooore es el camino de la China, con su mercado de 500 millones de almas, y camino obligado y centro geográfico de todas cuantas tierras median entre el mar del Sur y el golfo Pérsico.

Pero ese es sólo un aspecto de la importancia de Singapooore, el que la plaza tuvo antes de 1904, en que fué proplamente convertida en base naval.

Es increíble cuán pocas son las bases verdaderamente fuertes que Inglaterra sostiene en el inmenso ámbito de su Imperio. Los Gibraltares no se han prodigado, y puntos estratégicos hay que no tienen por sí mismos mayor poder que el que pueden rendir unas viejas baterías y una guarnición de opereta. Así era, poco más o menos, Singapooore antes de 1904, en que el Almirantazgo, a pesar de la violenta oposición de una parte considerable de la opinión británica, decidió exigir de la nación inglesa los sacrificios enormes que representaba la construcción de la nueva fortaleza.

La base de Singapooore fué creada en 1904 como arma, no defensiva, sino ofensiva. Había de ser el punto de donde partiera toda acción bélica contra el poder creciente del Japón. Pero Singapooore, en este sentido, no estaba terminado cuando la guerra vino a declararse. Su complemento, tal como imaginaba el almirante Jellicoe, y sin el cual no valía la pena de haber enterrado en la base tantísimos millones, había de ser una fuerte escuadra, como la Home Fleet que protege a la metrópoli, o la escuadra del Mediterráneo, que asegura la ruta de las Indias.

Esa escuadra no llegó a constituirse. Los buques de combate que Inglaterra poseía, pocos, tan pocos que la memoria menos feliz retiene todos sus nombres, se demostró que no bastaba siquiera para defender el poderío británico en Europa. Para una guerra simultánea en este continente y en Asia, la escuadra inglesa no alcanza.

Ahora bien, un conflicto armado en Extremo Oriente sólo podía venir a Inglaterra por parte del Japón, y en tal caso, los intereses de Gran Bretaña y de los Estados Unidos habían de coincidir forzosamente. Por esta razón, interin la escuadra que el almirante Jellicoe quería no era construída, la base de Singapooore había de salvar a la vez como propia la Unión Jack y la bandera estrellada. Tales eran los planes trazados.

El Japón, con el golpe dado en los primeros días de la guerra a la escuadra norteamericana destacada en las Islas Hawai y dejar a Inglaterra sin un sólo acorazado en las aguas en litigio, dejó, por lo pronto, inserta la base naval de Singapooore. La formidable fortaleza, bloqueada ahora por la armada nipona, no tiene apenas mayor valor que un castillo de cartón.

Para revalorizar la base naval será preciso que una escuadra anglosajona combinada vaya a guarnecerla y desde allí pueda ejercer una acción eficaz contra la Potencia adversaria. Esto difícilmente podrá ser si que se produzca un choque con la escuadra nipona, que ha tomado en aquellas aguas tan fuertes posiciones. La escuadra que acuda a disputar a los japoneses las ventajas obtenidas tendría que ser, pues, tan fuerte como es la que manda el almirante Yamamoto. Ahora bien, cómo pueda reunirse esta escuadra sin dejar desguarnecidas las respectivas metrópolis, británica y yanqui, no acertamos a imaginárselo.

Pero los japoneses no atacan solamente para privar a Inglaterra de la

posesión de la base que era orgullo de su Marina, sino para utilizarla ellos mismos en la guerra que se está librando. En este sentido, la lucha entablada en la península de Malaca tiene para los ingleses una alta significación, aun en el caso de que ellos mismos hayan perdido toda esperanza de ver a Singapooore convertida en la base ofensiva que habían imaginado.

La toma de Singapooore, si llega a producirse, no será sino después de vencer dificultades sin cuento, que podríamos agrupar, desde Norte a Sur, en tres zonas. En la parte occidental de Malaya británica, más allá de las montañas que constituyen la columna vertebral del país, no se les presentan a los nipones, bien armados como llegan, obstáculos insuperables. El país es rico, la población, con sus 300 habitantes por kilómetro cuadrado, es una de las más pacíficas y densas del Mundo, y cruzan la tierra caminos y carreteras en todos sentidos. Pero desde allí hacia el Sur, la decoración cambia radicalmente. La marcha es casi imposible, pues allí reina la «jungla» en su peor aspecto, metida como está en aguas pantanosas y pestilentes, tan temibles que el hombre no intenta ni habitarla ni atravesarla; la población no llega a 4 habitantes por kilómetro cuadrado. La invasión de los japoneses sólo puede producirse por las contadísimas carreteras que los ingleses han construído, y esas no serán difíciles de defender. No diremos que los nipones, que tanto esfuerzo demuestran, no lo consigan, pero, desde luego, no será empresa fácil.

Una vez salidos de la «jungla» los japoneses, para llegar a la isla de Singapooore, tendrán que cruzar todo un brazo de mar; el estrecho de Labore, que los ingleses no tienen, ciertamente, desguarnecido, y si consiguen poner pie en la isla misma la encontrarán convertida en un campo atrinchado, que tendrán que tomar todo palmo a palmo antes de llegar a la misma fortaleza de Singapooore, que está en el extremo opuesto. Cómo puedan tomar la fortaleza, defendida con cañones de 38 y 45 centímetros, no acertaríamos a imaginárselo si no hubiésemos visto caer en pocos días la plaza fuerte de Hong Kong.

Si la toma de Singapooore llega a producirse y se consolida la posición nipona en Filipinas, no parece sino que ingleses y norteamericanos tengan que optar por una de dos soluciones: o plantar cara a la escuadra nipona en una batalla en que podría jugarse el todo por el todo, o abandonar a los japoneses todo cuanto quieran considerar que es espacio vital suyo.

JAIME RUIZ IMANENT

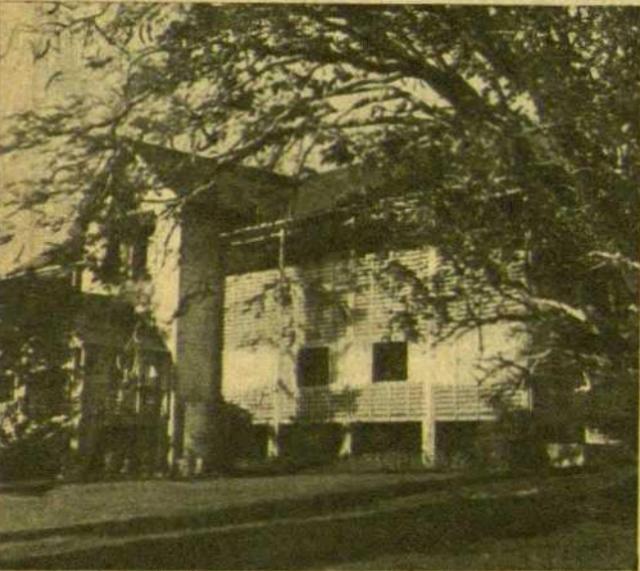


El trágico desarrollo de la Guerra mundial ha puesto sobre el tapete los problemas del Pacífico, que hasta nuestros días se había conservado al margen de los conflictos europeos. La paz arcadiana de los «atolls», el sueño de las «vahinés» tahitianas y las escaramuzas de los antropófagos de las Salomón o de Nueva Guinea, se ven hoy turbados por el zumbido de los motores y las explosiones de las bombas; los fumadores de opio son hoy refugios contra los bombardeos; la obscuridad reinará en las plantaciones insulares, y el colono no tendrá ni la nostálgica luz del fotóforo para saborear su whisky vespertino, única panacea eufórica de todo tropical que se respeta.

Las paradisíacas islas de los mares del Sur han visto, pues, truncada su anterior apacible vida, sólo turbada alguna vez por pintorescas luchas de tribus regidas por la magia de sus sacerdotes y hechiceros.

EN ESPAÑOL, EL DESCUBRIDOR

Lo mismo que otros tantos, el archipiélago de las Nuevas Hébridas fué descubierto y recorrido por primera vez por los españoles. Fué Quiros quien pasó por ellas, y aunque no se sabe cuanto tiempo las habitó, dejó traza cierta de su estancia en aquellas regiones. Por los indicios



Residencia del presidente del Tribunal Mixto en Port-Vila (Nuevas Hébridas) (Fotos, del autor)

que el autor de estas líneas ha podido recoger, parece que el navegante español sólo desembarcó en la más norteña de las islas, la mayor de ellas, que bautizó con el nombre de isla del Espíritu Santo, nombre que aún hoy conserva. Penetró en una ancha bahía abierta al Norte, que llamó bahía de San Felipe, y acampó en las riberas de un río bastante caudaloso, al que bautizó «el Jordán». No es probable que las relaciones entre blancos e indígenas fuesen en aquellos tiempos muy hostiles; en un poblado que allí existe todavía, y aún más al Sur de la isla, hemos podido recoger una especie de alcazaras rudimentarias, hechas de barro y cocidas al fuego, que delatan de una manera fehaciente el paso, no sólo de hombres blancos, sino probablemente de españoles. Ya es sabido que los pueblos primitivos no utilizan otras materias que las que la naturaleza ha puesto a su alcance, y el canaco neo-hebridés no conoce otro material que la madera, con la que fabrica sus canoas, sus platos y cazuelas e, incluso, sus flechas envenenadas de tetanos.

LA VIDA DE LOS CANACOS

Porque la vida de los canacos, indígenas de las Nuevas Hébridas sigue siendo casi tan primitiva como cuando el gran navegante español las visitó y, aunque semejante a la de otros pueblos salvajes de las islas vecinas, ofrece algunas características propias, originadas por la constitución misma de las islas que habitan.

El canaco no es nunca nómada, ni podría serlo, por dificultades topográficas; nace en un poblado y muere en él, sin ver más horizontes que la barrera coralífera que se extiende ante la costa, cerrándole el horizonte marino, o el volcán que hace temblar la tierra y respalda amenazador el poblado. Las playas, sujetas a toda suerte de temporales y visitadas con frecuencia por toda clase de extraños, peligrosas para el indígena, que quiere vivir ignorado y por eso construye sus poblados en el interior de las tierras. Algunos, a pocos centenares de metros de la playa,

EL CONDOMINIO DE LAS NUEVAS HÉBRIDAS

por Manuel Bosch Barret

pero invisibles; otros, los más primitivos, en lugares absolutamente inaccesibles e ignorados y a los que no se llegaría sin peligro de vida.

Esa impenetrable resistencia en contacto con otras gentes está favorecida por el apego de los canacos a las prácticas de sus primitivos cultos mágicos. Entre ellos ninguno tan grave y lleno de truculento interés como la antropofagia. Se ha discutido mucho sobre su extensión en las Nuevas Hébridas, y parece ser que, por ejemplo, la tarea de las misiones ha tropezado a menudo con ella. Hablando una vez, en Port Vila, con el ilustre obispo de las Misiones Marianas Mgr. Doucere, pudimos añadir al tema. Tenía monseñor ochenta y tres años y hacía cuarenta y cinco que vivía en las Nuevas Hébridas. Era hombre impresionante; pequeño de estatura, dulce de expresión, de blanca barbita y ojos vivos y penetrantes; hacía pensar en un Richelieu. Mucho debe la civilización de las islas a aquel santo varón, a quien vimos morir al año siguiente de nuestra llegada al archipiélago. Mucho a él y a quienes le secundaron en su admirable misión redentora, en medio de climas mortíferos, de privaciones inimaginables, de tribus inhospitalarias y, frecuentemente, de colonos que hallaban mayor fruto y rendimiento en el

ambruteamiento de los indígenas que en su regeneración. Hablando, pues, un día de la vida de los prisioneros, de los peligros a que se hallaban y, sobre todo, se habían hallado expuestos, nos decidimos a hacerle una pregunta que temimos indiscreta: «¿Habían sido los misioneros víctimas alguna vez del canibalismo? No nos habíamos equivocado teniendo pecar de indiscretos; monseñor eludió cortés y hábilmente la pregunta y, reconociendo las numerosas víctimas caídas en la tarea, añadió: «*nous venons toujours ici sans espoir de retour, Monsieur le Président, et nous sommes toujours sûrs de sauver nos âmes.*»

EL CANIBALISMO

Indudablemente el canibalismo existe en las Nuevas Hébridas. No afirmáramos que pueda constituir una amenaza constante para el blanco; pero existe por lo menos una isla, Malicolo, en la que un blanco, después de vencer todas las dificultades invencibles, de arriesgarse a extraviarse en la selva o morir de hambre o miseria, llegase a alguna de las tribus del interior, con toda certeza no volvería de ella, terminase o no en el estómago del jefe o del mago de la tribu. Precisamente el atractivo peligroso y admirable de esta isla, la más salvaje de todo el grupo, inspiró a Pierre Benoit su maravillosa novela «Errormango». En pocas novelas de ambiente tropical se halla tal exactitud de ambiente, descrito con aquel su cielo plomizo, con su lluvia incesante, y con el temor de los ciclones, la nostalgia del colono y su ansia de Australia, y aquella sensación de presencia invisible de los indígenas, aun sabiendo que no hay nada que temer de ellos.

UN REGIMEN UNICO

La organización político judicial de estas islas es extremadamente curiosa. Varias son las islas del Pacífico indivisas en las que dos naciones distintas ejercen su soberanía: Borneo, Timor, Nueva Guinea, etc., pero la división de las soberanías está establecida con fronteras, como en cualquier país europeo. En las Nuevas Hébridas no ocurre esto, sino que existe

Un español, juez en los Mares del Sur

un régimen de condominio entre Francia e Inglaterra. Curiosa organización, resultado de una serie de conflictos ocurridos a lo largo de casi un siglo y resueltos por medio de transacciones.

En 1853 fueron adjudicadas a Francia la Nueva Caledonia, distante unas trescientas millas de las Nuevas Hébridas, y las islas adyacentes, o sea Nov, isla de los Pinos y el archipiélago de Loyalty comprendiendo Maré, Lifou y Uvea. Pero ya en aquel entonces, unos cuantos colonos caledonianos habían desembarcado en las Nuevas Hébridas y habían empezado la explotación de las plantaciones. Inglaterra protestó por el hecho; Francia trató de explotarlo haciendo valer sus derechos sobre las Nuevas Hébridas por ser también islas adyacentes, pero su argumento no le valió. Pasaron años sin que la pugna por la soberanía en ellas se resolviera, y finalmente, en 1906 se firmó entre Francia e Inglaterra una Convención por la que se reconoció la co-soberanía de los dos países en cuanto a la administración e incluso en cuanto a la propiedad de las tierras, «mientras el Tribunal Mixto que se creaba no las hubiesen legalmente adjudicado».

UN ESPAÑOL, JUEZ EN LOS MARES DEL SUR

Este tribunal, supremo organismo en esta curiosa organización «neutral» de la isla, lo componían, además del personal técnico y subalterno, un juez francés, otro inglés y un presidente y un fiscal nombrados por el Rey de España, pero no necesariamente españoles, como erróneamente se ha dicho, aunque es lógico que lo hayan sido: así el primero, el conde de Buena Esperanza, y el segundo, el autor de estas líneas.

El colono que ha obtenido un título de propiedad del terreno que explota, está en territorio francés, si es francés, y en tierra inglesa si es súbdito británico.

La obtención de un título de propiedad

gún diminuto velero; a bordo iban dos blancos y dos o tres canacos neocaledonianos; se aproximaban los indígenas, poco hospitalarios en aquellos tiempos, en que acaso veían hombres blancos por vez primera, y se trató de hacerles comprender que se deseaba adquirir aquellas tierras que les pertenecían. Para ello, nada más fácil que poner ante sus ojos unos cuantos fusiles, balas, telas, tabaco y pipas de tierra, y alguna botella de alcohol; aun cuando de esta mercancía no se haga jamás mención en los contratos. El indígena no entendió ni una palabra de cuanto le dijeron, pero lo que sí comprendió es que aquella pacofilla era para él, y entonces, delante de aquellos melanesios todavía antropófagos, se redactó un acta de compra-venta de la que poseo un original, y que dice así:

«Entre los abajo firmados, Mal Chinonoinoué, Mal Erra, Wonoimango, Sepasepe, Bonebel, Eretetes, Oiroloinou, Molassin Bel, Moineussé, Doulsarsera, Ourounane y Belé, los doce de la tribu de Ouri (isla Ourikiki), Port Stanley, Malicolo; de una parte, y

Mr. François Rossi, domiciliado en Ambrym, de otra parte.

Ha sido convenido lo que sigue: Mal Chinonoinoué Mal Erra, etc., etc., venden y se comprometen a garantizar de toda reclamación o impedimento, a Mr. François Rossi, que lo acepta, un terreno situado en Malicolo, Port Stanley, comprendiendo toda la península que forma el puerto.

Límites: al norte por el mar, al Noroeste por la isla Ouriniki, al Sur por el puerto, teniendo por límite Sudeste la punta Sudeste de la bahía de los Man Bush (hombres de la selva).

La presente venta está hecha mediante: Siete Schneiders, Cincuenta kilos de tabaco, Trescientos cartuchos, Veinte paquetes de cerillas, Seis docenas de pipas, Doce cajas de pólvora y Diez cajas de cápsulas de un valor total de mil doscientos francos que los vendedores reco-



La rada de Port-Vila (Nuevas Hébridas). En el centro, el istmo de Tririk, donde está situada la Residencia Británica

en las Nuevas Hébridas es tarea difícil y sujeta a considerables trámites, a consecuencia, sobre todo, de los intereses de las dos compañías —francesa e inglesa— que comparten, en general, su explotación y el Tribunal Mixto es el que atribuye inapelablemente la propiedad a quien tiene mejor derecho. El relato de un caso concreto explicará mejor esta actuación del tribunal.

UN EJEMPLO CURIOSO

Hace muchos años, a finales del siglo XIX, llegó a las Nuevas Hébridas al-

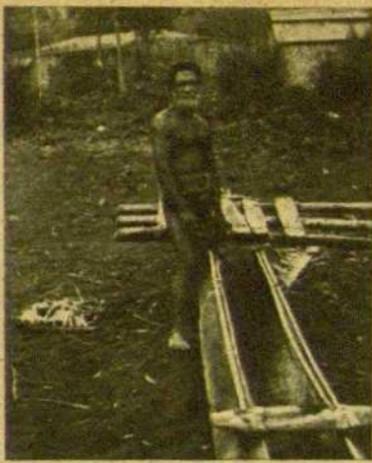
nocen haber recibido de Mr. François Rossi, a quien dan recibo y descarga definitiva.

Hecho en Port Stanley, Malicolo en doble y DE BUENA FE, el 25 de Noviembre de 1894.

Los vendedores, NO SABIENDO ESCRIBIR (!!!), han puesto una cruz.

El comprador: F. Rossi. Los testigos: ilegibles.»

La casi totalidad de las tierras neohébridésas están en manos de dos sociedades: la Société Française des Nouvelles Hébridés y la Presbyterian Church of New Zealand. Pero son pocos los terrenos ex-



Los canacos son grandes remadores. He aquí a uno con su piragua

plotados por estas compañías; por eso es frecuente el caso que he citado, del colono caledoniano que llegó a aquellas playas sin ni aún conocer la existencia de estas sociedades. No siempre es prudente profundizar sobre el origen de estos colonos, que encontraron aún el archipiélago en el mismo estado que en tiempos de Quirós, y con penas, con sufrimientos y peligros, devorados por los mosquitos y la malaria, desconociendo toda comodidad, viviendo de latas de conservas y de raíces de ignames, y con el alma más enferma aún que su cuerpo demacrado, se abrieron paso en la selva, disputaron metro a metro la tierra, que también habían adquirido por otras pipas y otros fusiles, a la invasión de la «brousse», plantaron cocoteros y lograron tener una plantación. Con el primer cargamento de copra, el colono fué a Port Vila y se enteró de que existía el Condominio y de que aquella tierra, fruto de tanta pena y de tanto renunciamento, no era suya si el Tribunal Mixto no lo decidía así. E hizo la demanda, pero la Société Française o la Presbyterian Church hallaron precisamente en sus archivos un contrato de compra que afectaba a aquella región y se opuso a que el colono se adjudicase aquel título de propiedad.

El Tribunal examinó la demanda y la oposición, y como el Protocolo de 1914, que reformó la Convención de 1906 en la Conferencia de Londres, a la que asistió mi antecesor el conde Buena Esperanza, había confirmado el carácter de infabilidad de la sentencia del Tribunal Mixto, que, caso único en los anales de la Justicia, juzga en primera y única instancia, el Tribunal, previa o no una indemnización a los opositores, obrando justa, pero sobre todo humanamente, adjudicaba al demandante aquella tierra fruto de diez años de lluvias, fiebres y cucarachas.

Y desde aquel momento dejaba el Tribunal Mixto de tener competencia en cuanto afectase a aquella tierra, salvo en lo referente a los indígenas, como víctimas o como ofensores, ya que éstos no pueden ser juzgados sino por el Tribunal Mixto. Aquella tierra era desde aquel momento tan francesa como la Cannebière o tan británica como Pall Mall. Los súbditos de las dos naciones co-soberanas conservaban sus estatutos personales en cuanto a sus bienes y personas, pero están sometidos a la Administración Condominial. El jefe de Correos es francés; el de Aduanas, inglés; el de Finanzas, inglés; el registrador de la Propiedad, francés; y la T.S.F. tiene dos operadores, uno inglés y otro francés, que mantienen el archipiélago en contacto con el Mundo a través de Fidji, Nueva Caledonia y Australia.

LA NOSTALGIA DEL PACIFICO

Con esta organización y en tal ambiente primitivo viven unos doscientos blancos, cinco mil tonquineses empleados en las plantaciones francesas, cincuenta mil indígenas y un puñado de chinos y japoneses, que, como las cucarachas, se encuentran en todas las islas del Pacífico. Los indígenas viven en su inconciencia, los asiáticos en su fatalismo, los europeos en su resignación. Durante todo el día se pelea afanosamente con la densa, cálida humedad del aire. Al caer la tarde, cuando el sol incendia el último horizonte marino, el colono enciende la lámpara de petróleo y busca en la radio un vestigio de civilización.

La catástrofe mundial nos retiene en Europa; pero en las horas de este invierno, entregados al recuerdo, nuestro sueño es volver a gozar en lento descanso a la sombra de un cocotero o asomarnos, recostados en la baranda de un barco, al horizonte indefinido e inmenso del Pacífico.

El conde Keyserling y el vizconde de Güell

BARCELONA, 1934. Almuerzo en casa del señor C... El conde Keyserling, invitado de honor. Cuando entro, con retraso, en el comedor veo al famoso filósofo, sacando sobre la mesa su busto gigantesco, devorando una gran langosta con dos botellas de champaña helada en su flanco derecho. Keyserling está en plena gesticulación leonina, toda la mesa pendiente de su barba de chivo, de sus pómulos mongólicos, de sus ojos de diablo, en forma de almendra. Esto me permite en el azoramiento del retraso que llevo pasar desapercibido y no tropezar con ninguna alfombra.

Contemplo a Keyserling y pienso en su «autobiografía», publicada en «Figuras Simbólicas». Keyserling es lo que llamaríamos un tipo tremendo. Alto, fuerte, rubio, con un chaqué enorme, cabellos rasos, vestido de cualquier manera. Su gesticulación, más alborotada que la de cualquier meridional, rompe los nudos de su corbata negra, los botones de su chaleco, los puños de su camisa. Cráneo inolvidable, tan eslavo — digamos tan prusiano antiguo — que parece una caricatura de ruso. Sus ojos, sus pómulos, su boca rijosa y sensual, su frente fugitiva, su color rosado terroso, evocan el gran tártaro. Su fluencia verbal es dionisiaca, está constantemente sudoroso, se agita como un poseído y parece dominado por una agitación irrefrenable.

De Keyserling lo que me impresionó siempre más fue su imprecisión. En esto, su grandiosidad es verdaderamente cósmica. Lo mismo da de que el noble barón báltico hable en público, como que su extraordinaria vitalidad se desarrolle en los límites de la conversación privada. Su vaguedad es indescriptible. Pero entendámonos: me refiero a su vaguedad en el terreno de lo concreto. Desde luego, yo no tengo cultura suficiente para comprender su filosofía, pero estoy seguro que sus abstracciones son de una concisión admirable. En cambio, el conde Keyserling es un hombre que dice:

—Alemania tuvo tres o cuatro o cinco millones de muertos en la guerra de 1914.

O:

—Moscú tendrá ahora de cuatro a cinco millones de habitantes.

O:

—Tomaremos este tren que sale entre seis y ocho de la noche.

Un día en Mallorca, Keyserling hablaba del arte de los antiguos chinos. Yo le oía encantado, embelesado. En un momento determinado dijo:

—Hace siete u ocho mil años...

No pude contenerme y dije en voz alta.

—¡Exacto!

El conde me miró con su mejor cara mongólica; los ojos apaisados convertidos en un simple trazo negro, la barbilla sal y pimienta dominada por una convulsión eléctrica. Presentí el puñetazo que hubiera sido de una concreción perfectamente matemática. Me acurrugué tímido y avergonzado... Pero ante la sorpresa general se produjo una distensión en la cara del noble señor y me dirigió una sonrisa amable.

Comparada con la vaguedad del filósofo, la manera de hablar del pueblo es curiosamente precisa. El pueblo dice: «vamos a comer una docena de sardinas» o «pondremos un boniato al horno» o «beberemos un café con leche». Pujols contaba que un día que preguntó a un empleado de M. Z. A. por un amigo, también ferroviario, que acababa de fallecer, le fué contestado con un aire compungido como si se tratara del horario de salida del tren expreso número 4012.

—Murió a las seis treinta y cuatro de la mañana.

Contrastando la manera nebulosa del conde Keyserling con la exactitud que suele poner el pueblo en sus apreciaciones, llegué en un momento determinado a creer que lo primero debía ser una característica del patriciado y de la nobleza y que la precisión del pueblo era algo plebeyo y ordinario. Pero esta teoría se me derrumbó cuando un día me llamó aparte el vizconde de Güell.

Esto también sucedió en Mallorca; exactamente, en Formentor. Yo le veía al vizconde pasearse debajo de la copa de los pinos, con su hongo, su capa mefistofélica doblada, de terciopelo carmesí, bastón con puño de oro y rutilante contera, magnífica barba grisácea, los ojos, un poco a flor de piel, noblemente fatigados, surcada la córnea de hilillos rojos y azules como tenían los billetes de Banco antiguos. Y pantalón de corte perfecto.

—Yo necesitaría un secretario... —me dijo suave, con un gesto de elegante vaguedad, el noble señor.

—Vizconde, me tiene a su absoluta disposición como siempre.

—¿Conoce usted mis trabajos matemáticos?

—Conozco de oídas su tesis inglesa sobre el postulado de Euclides. Mi cultura matemática es escasisima, por no decir nula.

—No. No se trata de ninguna aportación matemática.



El conde Keyserling

—No sé —le respondi.— Yo creía que el paralelismo de las paralelas, como la cuadratura del cuadrado, como la virtud de las damas eran axiomas, es decir, verdades absolutamente necesarias. Este postulado a que hace referencia Euclides es un axioma. Por otra parte, tengo la vaga sospecha que si las líneas paralelas se encontraran haríamos todos, quien más quien menos, un papel ridículo bastante considerable.

—¿Qué quiere usted decir con esto?

—Quiero decir que yo suponía que se sospechaba que lo que permitía precisamente decir que dos líneas eran paralelas era su paralelismo, es decir, el hecho de no encontrarse. Esto, hace algunos años, era completamente axiomático. Porque si las paralelas tuvieran alguna vez la veleidad de encontrarse se llamarían probablemente de otra manera.

—No se trata de esto. Se trata de saber la razón, el por qué del paralelismo de las paralelas. Se trata de elevar un postulado, es decir, una simple verdad necesaria a la categoría de verdad demostrada.

—Esta distinción, vizconde, me parece muy sutil y es digna de ser considerada. Querer convertir lo que hasta ahora ha sido tenido por un axioma en verdad demostrada es cosa de gran empeño. No parece usted tener simpatía por los axiomas, al menos por éste de Euclides de Alejandría. Lo considerará usted, apeando la cosa, como un gatillazo, como una especie de situación desairada del hombre de ciencia.

—¡Claro!

—Bien. Sin embargo los axiomas son las muletas de nuestra inteligencia. Cuando decimos: las damas son bellas y virtuosas; después de la tempestad viene la calma; dos líneas perpendiculares a una tercera son paralelas entre sí, hablamos axiomáticamente... Claro está, no se lo negaré, que en el plano de la ciencia los axiomas van un poco de capa caída. A este respecto, estas formas científicas tan nuevas, la Axiomática, la Logística, me parecen muy típicas, muy significativas. ¿Es usted logístico, señor vizconde?

—No sé... —contestó el noble señor, pasándose la mano, con gesto amplísimo, por la ancha frente.— En todo caso, siento una verdadera pasión por desentrañar este postulado y creo haber llegado a algún resultado positivo.

Confieso que esas palabras me sumieron en una gran tristeza. ¿Cómo? Presenciar el ocaso, el naufragio, el crepúsculo de los axiomas, ¡qué pena! ¡Qué porvenir científico más agitado y triste!

—He de confesarle a usted, mi querido don Eusebio, que me invade la melancolía. Soy un conservador empedernido. Soy un quietista perdido en esta vorágine de la vida moderna. Los axiomas, además, a mi entender, tenían algo vital y tajante. Eran como una orden que no podía discutirse. ¿Una formulación axiomática no equivale, en realidad, en el terreno científico, a nuestra famosa frase: «pues no faltaba más»? Un postulado no es, en definitiva, lo que más se parece a nuestro ameno y gracioso: «porque me da la gana»? ¿Podremos vivir, vizconde, sin axiomas y sin postulados? ¿No perderemos la línea?

—Está usted muy imbuido de prejuicios antiguos, quizá excesivamente imbuido... —me atajó Don Eusebio con la mejor de sus irónicas y mefistofélicas sonrisas.— Nuestra época es analítica, precisa, concreta...

—El vitriolo de la ciencia...

—Hay que poner los puntos sobre las ies.

—Es cierto, no cabe la menor duda. Hay que poner los puntos sobre las ies. ¡Pero esto es tan triste!

Y éste es el caso. He aquí a dos hambres. Uno, Keyserling, se mueve en un terreno de impresionante vaguedad, de cósmica imprecisión. El otro, Güell, en un terreno de febril concretismo, de afanoso análisis. Y el primero es conde y el segundo, vizconde.

JOSÉ PLA

Año Nuevo, vida nueva

El favor, cada día creciente, del público nos ha movido, desde la aparición de nuestro semanario en Barcelona, a buscar continuamente para sus páginas los contenidos y formas más apurados y capaces de responder a las necesidades y legítimas exigencias de nuestros lectores. El nuevo formato, que se inicia en este número, obedece a la necesidad de hallar un modo de impresión más rápido y de mayores posibilidades que el precedente: más apto a recoger en todo momento los últimos latidos de la actualidad universal y a dar el comentario al más reciente suceso de interés.

Al pasar de la máquina plana a la rotativa y al huecograbado las páginas de DESTINO ganarán, en efecto, vibración. La lentitud del procedimiento litográfico anterior — en el que, en cambio, se apreciaba el primor y cuidado de los detalles, que aspiramos a conservar en adelante — perjudicaba la celeridad de la información, tan estimada por todo lector de Prensa. Los beneficios de celeridad del nuevo procedimiento escogido los irá estimando el lector no tanto en este cuanto en los sucesivos y a un precio, progresivamente, cuando el hábito de la confección se haya adquirido plenamente y se tenga el dominio y la seguridad que no pueden ser asegurados por

nosotros mismos al instante de esta transición.

Queremos destacar en este lugar nuestro profundo agradecimiento a los talleres de la N. A. G. S. A., en los que nuestro semanario ha sido editado durante más de dos años y medio. En dichos talleres DESTINO ha hallado siempre un espíritu de complicidad en los afanes del buen gusto realmente inolvidable. La exteriorización de este agradecimiento se hace patente y extensiva a todo el personal de los citados talleres, en el que se encuentra unida una formación técnica de verdadera artesanía, junto a una exquisita sensibilidad moderna del arte de imprimir.

Como consecuencia de todo ello, el precio del ejemplar ha ascendido a setenta y cinco céntimos y el de la suscripción a nueve pesetas cincuenta céntimos por trimestre. Pequeño aumento que creemos no podrá sorprender a nadie, dadas las modificaciones que pueden observarse en la composición, tamaño, etc., del semanario. A los suscriptores se les mantendrá, naturalmente, el precio anterior hasta el pago del próximo trimestre.

Esperamos, en fin, que la bondad de nuestros lectores para el semanario acosa con agrado el nuevo formato que, en nuestro afán de servirles, le hemos dado.



::: FRONTON CONDAL :::
PASEO DE GRACIA, 105
TODOS LOS DIAS, GRANDES PARTIDOS A PALA

AGUA de COLONIA
EXTRACTO
LOCION
POLVOS

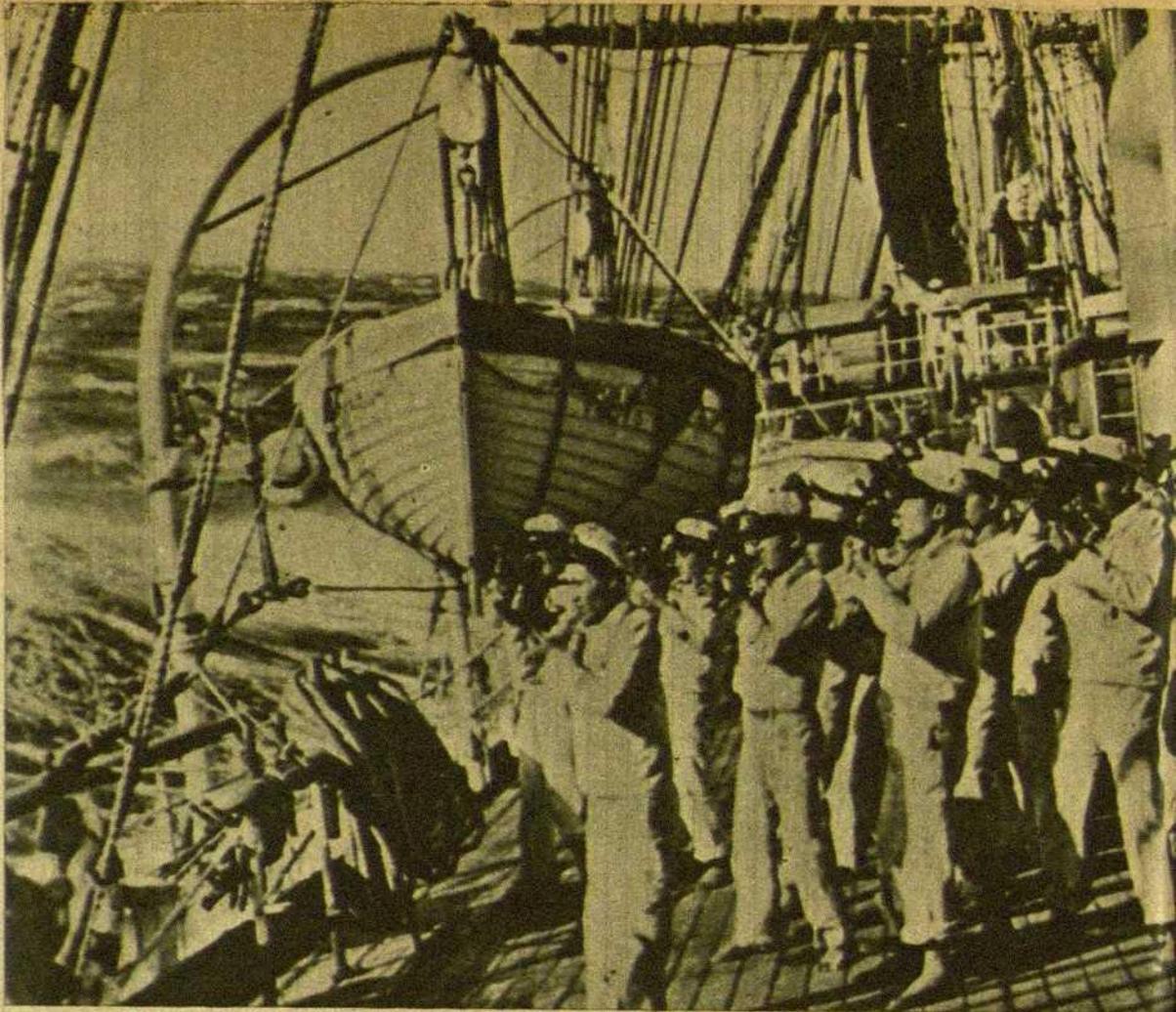
158



Gitana



Creación de
LABORATORIOS A. PUIG-BARCELONA

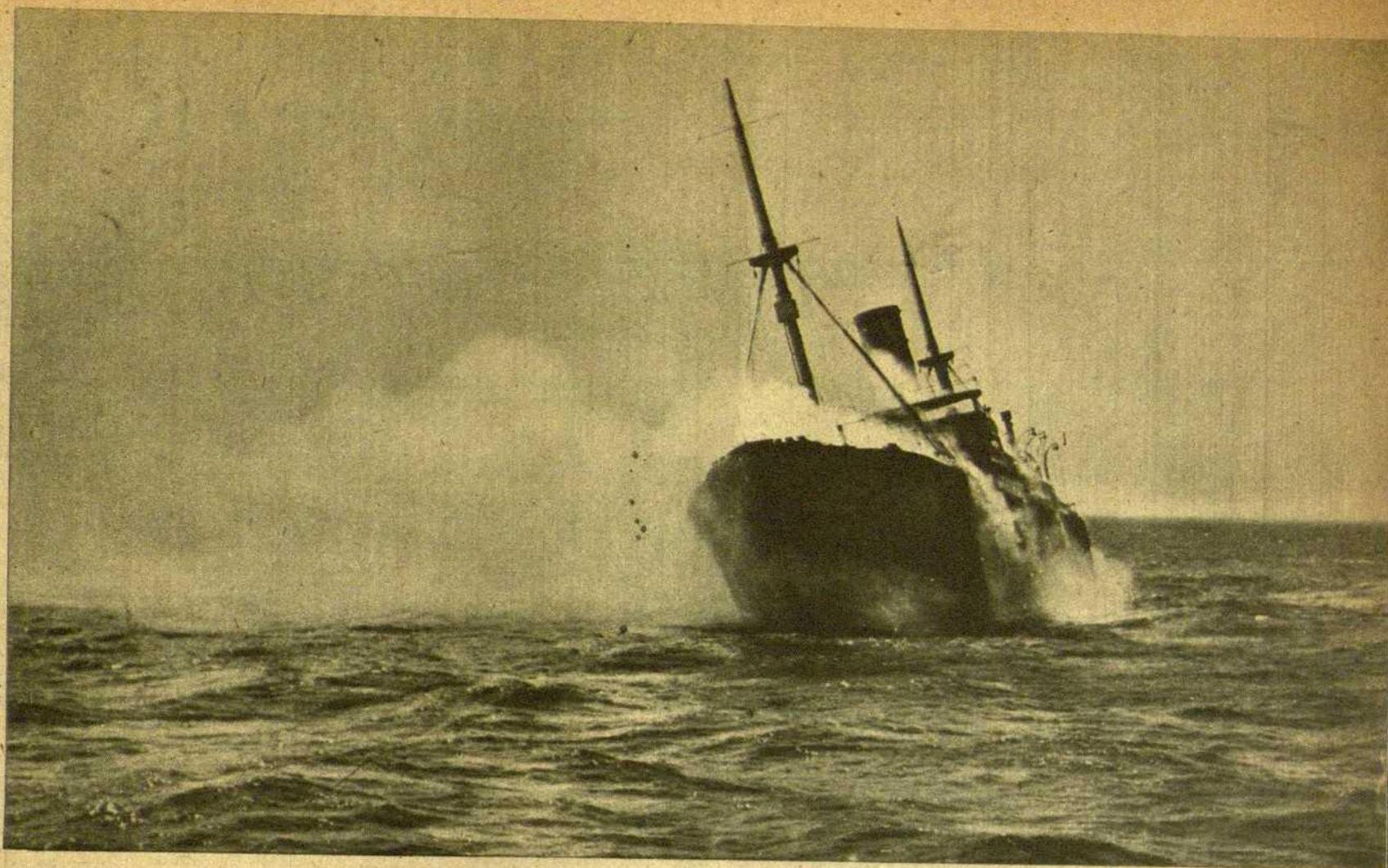


El Japón, en las primeras semanas de asaque, ha demostrado que posee una real y eficiente conjunción de armas de combate. A un ejército terrestre verdaderamente excepcional, súmanse una marina poderosa y muy moderna y numerosa. He aquí a una de las unidades navales niponas fijando, con la ayuda del ejército, la posición exacta de un barco enemigo.



Las ruinas de Tobruk se han convertido en poderosos fortines defensivos. Parapetados tras de los espesos y consentidos muros, estos soldados ingleses defiéndense con sus ametralladoras de los ataques de la aviación alemana, pertinaz en su tarea de contrarrestar en el norte de Africa los furiosos ataques de las tropas de Auchinleck.

El
pequeño
Tha
del
H.



Entre todas las... y una aviación... la posición

La destrucción de todos los medios de transporte del enemigo constituye el máximo interés táctico de la fase actual de la guerra en el Atlántico. Los submarinos y aviones no cesan en su empeño de entorpecer la llegada de los abastecimientos de toda índole al enemigo. Tras el ataque audaz, la mole se ladea, y pronto se sumergirá pesadamente. Al cabo de unas horas no quedará ningún rastro del dramático acontecimiento



El conflicto entre las Potencias mundiales ha sumido en la guerra a multitud de países interesados en mantener su neutralidad y con ella la paz. En Asia, ahora aliada del Japón y excelente base de operaciones para las tropas japonesas, predominaba el elemento chino, poseedor de las más cuantiosas fortunas. En un día de vacaciones de unos escolares chinos de Bangkok durante una excursión en día de vacaciones



La guerra es extremadamente dura en el frío de Rusia. Temperaturas glaciales dificultan los movimientos, y la quieta misión del centinela se hace casi insufrible. Con un supremo espíritu de servicio, el guardia avizora, inmóvil, el cielo, junto a su ametralladora antiaérea

ARTE Y LETRAS

LA SAETA EN EL AIRE

INSINUAR Y APURAR. — Creemos que aquella lectura que equivale a una experiencia vital. Sólo cuando una obra literaria despierta algo en nuestra mente o sensibilidad la creemos buena. Porque sólo entonces se cumplen las tres condiciones de toda lectura digna de tal nombre: simpatía —sim-patía, complicitad espiritual— del lector y la obra; vitalidad del libro, fruto de experiencias —intimas o de observación, distintas y concretas e indefinibles, asimiladas, carne ya y sangre del autor— y acierto expresivo, feliz intuición creadora del artista. Sin ella, sin el luminoso acierto expresivo, es imposible despertar complicitades en el recuerdo, la mente o sensibilidad del que lee. Y si el mayor logro posible de una obra literaria es ser «algo vivo», para conseguirlo es preciso, indispensable, felicidad de expresión e intuición estética. La vitalidad de la obra artística no es la de las cosas; distinta y peculiar, es fruto de experiencia, estilizada en feliz estructura y expresión.

Pero varios caminos conducen a la sensibilidad del lector. Y los efectos obtenidos, naturalmente, difieren según ellos. Predomina en ciertos novelistas europeos un modo de bien decir que consiste en no decir. Alude, insinúa apenas, se deja entrever, como al paso, un jirón de realidad, una insospechada perspectiva, cuyo roce despierta en nosotros un mundo de imágenes, recuerdos y posibilidades. Se provoca casi constantemente la participación del lector en la obra, y se le deja, en cada momento, una grata sensación de cosas inéditas; un renovado sentimiento de continuo hallazgo y un grato sabor de pudorosa elegancia.

Tiene, entre otras virtudes, ese estilo la de dar a cada matiz de expresión un pleno valor y devolver a las cosas imperceptibles toda la inmensa significación que en la vida poseen. Prefieren, en cambio, otros autores apurar las cosas. Buscan en los hechos, desentrañarlos, hasta descubrir su raíz última. La atención del lector queda entonces encadenada al texto. Si el primer procedimiento guardaba siempre un poco de misterio, una exigencia de precisión, a una cierta profundidad. La mayor virtud de tal estilo está en descubrir las posibilidades de investigación que las letras incluyen. El primer estilo favorece el ágil desarrollo de extensas acciones; el segundo, el que queda análogo de cada momento. El primero traza el perfil humano de los personajes en sus breves huellas, en el rastro imperceptible de su paso, por los hechos; el segundo nos define, científicamente, un carácter, una reacción, un recuerdo con rigor de historiador.

La actual y progresiva popularidad de autores que insinúan las cosas parece, a nuestro juicio, traducir una vuelta del gusto público a la acción, tras el fervor total por la obra de Gide, Proust, Joyce y seguidores.

AÑO NUEVO.—Entre un tronar de artillería y un zumbar de aviones amaneció 1942. Un Mundo en total sacudida ha celebrado su advenimiento. Nadie sabe qué va a deparar al orbe este nuevo, incierto, sombrío año. Pero todos tenemos la grave convicción de que en sus entrañas lleva esa horrible humanidad en pugna inéditas formas de vida y de cultura. Y ello nos traza el camino a seguir en los meses que vienen. Entre el dolor de la tierra desgarrada y las armas en vilo, laborar quedamientos, tenazmente, para salvar el legado de dos mil años de cultura e incorporarlo, tras la catástrofe, al Mundo que todavía no entreveamos. Esfuércese cada uno en su tarea, y nosotros en las cosas del espíritu.

Sea este nuestro firme propósito de Año Nuevo. Y mientras preparamos la ilusionada dulzura hogareña de los Reyes Magos, exijámonos todo de nosotros. Sea prurito nuestro la pureza en la tarea. Démonos por entero a una honda, seria labor de cultura.

El pintor Juan Commelerán

por Rafael Benet

HACE años admiro al artista Juan Commelerán. Su camino, hasta hoy, no ha sido fácil en ningún sentido, ya que su medida espiritual es distinta de la mediana y más corriente. La gente llama locos a los que no entienden, a los que no se confunden con la masa. Loco fué el Greco para muchos hasta hace poco y aun lo es para cierta grey académica. El bueno y mediocre maestro y suegro de Velázquez, Francisco Pacheco —que acaso con la sola excepción conocida del «Cristo llevando la Cruz», de la Galería Nacional de Londres, se considera como un pintor sin inspiración—, en su célebre «Tratado de la pintura» dejó traslucir su escandalizada ingenuidad ante los arranques del cretense. Pacheco, como buen *incamminati*, no se había contentado haciendo el elogio de los grandes maestros más platónicos del Renacimiento, sino que supo extasiarse con aquellos otros más directos y vivos, es decir, con los que negaban el dogma estético del siglo y que fueron recusados por la pedantería acrisolada de los teóricos, por faltos de espíritu y belleza o como impresionistas, mientras las grandes y tantas veces indómitas figuras del arte español creaban su obra negando, desde luego instintivamente, lo que tratadistas y poetas habían definido como virtud suprema, dar

«Cuerpo visible a la incorpórea esencia» como escribió Lope.

Los códigos de nuestros tratadistas de arte, como lo dijo don Marcelino Menéndez y Pelayo, se veneraron a reserva de no cumplirse, como hacían los gramáticos con las poéticas clásicas. Dándose cuenta de la imposibilidad de llegar a la excelencia de Leonardo, a la gracia divina de Rafael o a la grandeza de Miguel Ángel, Pacheco inclinó ante otras realidades menos especulativas: ante la «dulzura y asiento de los colores de los flamencos» o ante los «borrones del Ticiano» —impresión mágica de luz revistiendo venustidades más sensuales que metafísicas, a pesar de que en la Italia del siglo XVI el arquetipo latía en todas las mentes—. Pacheco escribió, hablando de estos borrones de Ticiano Vecelio: «mejor se dirían golpes dados en el lugar que conviene, con gran destreza». Lo que quiere decir que el espíritu de certeza, el dogmatismo estético del suegro de Velázquez poseyó la suficiente elasticidad para no enojarse a otras realidades distintas de las metafísicas.

Pero todo esto era aún razonable para el buen ecléctico de Sevilla, mientras que el espíritu del Greco debió de ser demasiado descomunal para ser contemplado directamente y sin intermediarios literarios, sin las muletas de un Vasari cualquiera. No es extraño, pues, que Pacheco hablando del candiote toledano escribiera palabras menos entusiastas. Escribiera: «Porque, ¿quién creerá que Dominico Greco trajera sus pinturas muchas veces a la mano y las retocase una y otra vez para dejar los colores distintos y desunidos y dar aquellos cruets borrones para afectar valentía? A esto llamo yo trabajar para ser pobre», como Pacheco muchos son los que necesitan las muletas literarias para comprender lo nuevo, aunque sea verdadero. Y no es que la personalidad de Commelerán nos haya sugerido la del Greco, ni por analogía de espíritu, ni por hermandad técnica. Nos la sugirió únicamente en cuanto nuestro artista se aleja instintivamente de la mediocridad, y acaso por su paleta, que si algo tiene de la de Theocopoulou, es por sus negros y grises mezclados aquí con otros colores arrancados del aire libre. Yo diría que el pintor barcelonés tiene otras analogías o parentescos. Acaso los encontraríamos en el demasiado olvidado Darío de Regoyos (que puede ser su gemelo) y en Camille-Jacob Pissarro (que puede ser su primo hermano) —el menos amable de los impresionistas franceses cuyo origen israelita-hispano delata su obra.

Commelerán es de los que creen en lo viviente, mejor sería decir de los que sienten lo directo y vivo: de los que jamás han sido esclavos de la teoría ni de la técnica. Ni supersticiones teóricas ni técnicas en la obra de este artista, que es de los que no pintan por pintar, sino de los que tienen necesidad de pintar, de decirnos algo muy íntimo y fuerte.

Es un buen ejemplo el de Juan Commelerán, uno de los buenos ejemplos, ya que, felizmente, no es el único. Un buen ejemplo en el instante artístico que vivimos de deleznable mercantilismo. En general el movimiento artístico barcelonés ha perdido su punto heroico y hasta su antiguo decoro. Además —y esto es gravísimo— gran parte de la juventud parece entrar al combate con más

ánimo de conquistar fortuna que de obtener la lenta e intensa victoria sobre sí misma.

De ahí esta floración académica trasnochada. Este academicismo difuso y sin nobleza a cuyo meollo le faltan —como lo dice el mismo Commelerán— ocho siglos de Academia para llegar a la altura de un Vicente López.

El pintor Commelerán es de los que repugna todo academicismo —todo amaneramiento— sea de derecha o de izquierda; tan nefando el uno como el otro. Es un poeta. Como se escribió de Regoyos, es de los que pinta arrodillado ante las criaturas de Nuestro Señor. No se dirá que su arte no sea autóctono. Es de una auténtica hispanidad por estar cimentado en lo racial; está en el ánimo del artista y no fuera de él. No está en la manera sino en la expresión.

El pintor barcelonés es hombre de su época —no niega el hecho cósmico de la época— como no lo ha negado ningún gran artista, desde Velázquez y Rembrandt hasta Renoir; sin embargo, como ellos, superó los escollos de la época, andando hacia adelante, no con petulancia futurista, sino con la callada sencillez propia de ciertos renovadores, cuya actitud histórica resulta al fin y al cabo más eficiente por la intuición que tuvieron de lo eterno.

Commelerán es un independiente, pero lo es por la gracia de Dios. Siente la tragedia del suburbio y del barrio bajo, la idílica melancolía del parque cerca del mar y la égloga fuerte del campo. La renovación temática —tan ensalzada años atrás— existe en su obra, pero no es su meollo. Los temas son lo de menos para Commelerán. Pintará tanto un *paso a nivel* como el paisaje rural —el sobrio paisaje navarro—. Más que ver, ve y siente lo que tiene delante de los ojos con agudeza suma.

Y es tan pintor como dibujante; un dibujante a la manera pictórica de Rembrandt. Así pues, como Theocopoulou, podría decir que «el colorido es superior al dibujo», porque también sus dibujos son ya pinturas, ya que, más que la línea y el volumen, siente el artista ante todo el drama de la luz, cuya expresión, basa, lo más comúnmente, en rasgos y manchas.

Cuando el peligro de lo literario asoma, el pintor sabe desvanecerlo instantáneamente. Vence lo anecdótico y lo transforma en emotivas armonías de color: en penetrantes y graves armonías personalísimas.

Arte directo y vivo, esencia de nuestra tradición. Sin embargo, Commelerán sigue esta senda, pero en la forma más difícil: ya que, si sus ojos experimentan constantemente, lo hacen en comunión con su alma —tan entendedora de la tragedia de las cosas y de los hombres— para producir estas cálidas síntesis poético-pictóricas.

Pronto Commelerán ofrecerá una selección de su obra a los *amateurs* barceloneses. Antes de esta próxima exposición, el artista había mostrado ya otros conjuntos; pero nunca en pintura, sino fuera, esporádicamente, había llegado a la altura actual. En sus dibujos, la prestancia expresiva había sido lograda hacía ya tiempo; ahora Commelerán, con los medios más ricos y difíciles de la pintura al óleo, logra lo que ya había logrado con la caligrafía o el claroscuro de su lápiz litográfico.

Hombre sereno y abnegado, el artista está completamente alejado del bohemio aturdido y aturdir. Vida de privación, la suya. Su hogar, digno y severo —patriarcal—, es al mismo tiempo su taller. Pinta a menudo teniendo cuidado de sus pequeñitos mientras las esposas —joven navarra con un sello de distinción muy particular— hacen sus quehaceres. Yo he visto brillar alguna vez los ojos negros de los pequeños y asomar al mismo tiempo una amable sonrisa en la cara del padre, que deja la paleta para acariciar las mejillas sanas de los suyos que le rodean mientras trabaja.

Commelerán es un gran artista y un hombre bueno. Desgraciadamente, el genio y el santo raramente coinciden en la misma alma, y menos en nuestros días.

Si el instinto artístico del barcelonés afortunado fuera tan seguro como lo fué, por ejemplo, el del rey Felipe IV, Commelerán indudablemente ocuparía en seguida un buen lugar en numerosas colecciones.

SECRETO VOSES

Henri Mondor va a publicar, muy en breve, una biografía del poeta Mallarmé y un libro sobre Barrés.

«Retrato del Japón» (o sea una historia del imperio del Sol Naciente desde la antigüedad hasta nuestros días) es el título de un libro de Maurício Percherón.

El joven historiador Manuel Ballesteros y Gabriola está preparando para un conocido editor madrileño una biografía de Vasco de Gama.

Manuel Machado va a reunir en un tomo sus poesías desde el comienzo de la guerra hasta hoy.

Editado con primorosa gracia, tenemos ante los ojos un delicioso tomo titulado «Las aventuras de Kristala». Señala este tomo la revelación de una ilustradora exquisita: Julia Azúa.

Narración para niños acotada por el lápiz de esta joven artista con un sentido de lo que a los ojos infantiles subyuga, nos complace en exteriorizar nuestro entusiasmo por este delicado, ingravido destello de una sensibilidad sutil y acertada, antes de que el tomo aparezca en los escaparates.

El texto de Quiroga corrobora esta impresión, todavía premiosa, de la exquisitez de este libro para niño.

ESCAPARATE

LA POSICION DEL JUEZ EN EL NUEVO ESTADO. por Miguel Fenech. 1941. Espasa-Calpe, S. A.

Las revoluciones nacionales europeas han transformado substancialmente las concepciones de la vida social y política, y como consecuencia de ello, del Derecho como norma general dentro de la vida del Estado, y del juez, como intérprete del primero dentro del segundo.

El profesor español Miguel Fenech, siguiendo principalmente las directrices de los autores germánicos y la experiencia totalitaria, ha realizado, en esta densísima, sistemática y documentada monografía, un avance riguroso y completo de los cauces renovadores que respecto al derecho procesal y a la magistratura han creado los nuevos regímenes nacionales —entre ellos el de España— frente a los principios clásicos de la antigua justicia.

Dar cara a tantos y tales problemas —arraigados e inseparables de otros, más fundamentales aún, de Derecho constitucional y público y de filosofía del Derecho, al par que de la crítica de realidades históricas todavía en evolución—, es tarea ingente e impropia, virgen en nuestra bibliografía jurídica, e incluso —propiamente y como síntesis—, en la producción didáctica europea. Y el profesor Fenech la ha acometido, y ultimado con una preparación científica considerable, que da a su obra, no sólo el carácter de una versión novísima y actual, minuciosamente verificada, de la situación del juez, en general, dentro del Estado, y de las relaciones de la Magistratura con la Justicia, y de una exposición ordenada de los problemas que plantea la actividad judicial en los Nuevos Estados de Europa (como comenta el catrónico de nuestra Universidad, doctor Jaime Guasp en su prólogo), sino también el de un índice personal de solidísimos puntos de apoyo desde donde extender luego la investigación doctrinal y positiva sobre el Derecho nuevo en los regímenes políticos de la post-guerra.

El estudio del profesor Fenech no es un ensayo de amena lectura para profanos, sino un esfuerzo máximo y maduro para estructurar y fijar, con precisión insuperable, el estado actual de la nomenclatura, las ideas, las orientaciones y las tesis que la órbita del poder judicial —en su concepción teórica y su funcionamiento efectivo— viene hasta hoy dibujando en los países totalitarios. —S. S.

SANTA MARIA DE BLANES, PALACIO DE LOS VIZCONDES DE CABRERA. JAIME FERRER DE BLANES. Por V. Coma y Soler (Editorial Balmes, S. A. Barcelona, año 1941.)

Hurgando archivos, desempolvando pergaminos, comparando textos y contra-diciendo y refutando no pocos, el señor Coma y Soler ha llegado a una conclusión de verdad histórica que le ha permitido un preciso y precioso documento sobre Blanca desde sus orígenes. Con su

catilo llano, sin complicaciones y no exenta de amenidad, va narrando las vicisitudes sufridas por el magnífico templo blandense, que no escapó al asalto y destrucción rojos. Quizá el libro pague, en algunos aspectos, de poca profundidad, pero es original. Su autor confiesa que se trata de apuntes tratados por mano hábil y con todas las consecuencias de una velocidad temeraria; pero el esfuerzo, hecho, que tendrá su continuación, es revelador de magníficas posibilidades. — P. V. V.

CURIOSA METAMORFOSIS DE JOHN, por Pierre Girard. Colección Muérdago. Editorial Tartessos, Barcelona, 1941. La colección «Muérdago», que Editorial Tartessos ha lanzado recientemente, viene a engrosar el cúmulo de publicaciones minúsculas.

La colección «Muérdago» comprende ya varios tomos, de vario carácter y elección. «Luís, Lady Whitney», de Maurois; los «Mejores versos», de Nietzsche; el «Epistolario de Schiller con Carlota», las «Leyendas», de Bécquer y la «Curiosa metamorfosis de John», de Pierre Girard. Por su interés humano y de época, destacan las cartas de Schiller con Carlota y la hermana de ésta, Carolina. Pero llama la atención por ser menos conocido en España, el cuento de Pierre Girard «Curiosa metamorfosis de John», intrascendente relato lleno de humor, sabe unir a toques irónicos una límpida poesía, que brota de las cosas y renueva al protagonista. La obra, además, está resuelta con una gracia y verdad psicológica bien encajada en el ambiente, siempre humorístico — de sobrio, matizado humor — de la narración. — E. N.

LA DIVINA COMEDIA, traducción de Manuel Aranda Sanjuán. Ed. Maucci, Barcelona, 1941.

Reedición de una completa versión de la definitiva creación dantesca, en prosa. Cifrese en lo posible al original, y más que una traducción de la obra, parece ofrecernos, íntegro, escrupulosamente rastreado y aconchado, el material temático de la misma. Numerosísimas notas aclaran y documentan el texto, y setenta y nueve láminas de Gustavo Doré lo ilustran.

Traducción realmente escrupulosa, es difícil reconocer en ella la genial obra dantesca; la prosa es incapaz de darnos los intrínsecos, decisivos valores del gran poema, de la gran poesía del florentino. La presentación, sígna. — L. P.

IMÁGENES ESPAÑOLAS DE LA VIRGEN.

Texto y selección por Juan Subías Galtier. (Biblioteca de Arte Hispánico. Ediciones Selectas, Barcelona, 1941). Dentro de la excelente colección de monografías de arte de «Ediciones Selectas», ha aparecido recientemente un cuidado volumen dedicado al estudio de las representaciones escultóricas españolas de la Virgen. Parece ser que no agotado el tema con este estudio —refiriéndose él exclusivamente a las imágenes sobre la Virgen Madre y la Piedad—, los editores tienen el propósito de completar próximamente tan interesante tema.

Según costumbre establecida, en el primer volumen de estas monografías, predomina en «Imágenes españolas de la Virgen» la parte gráfica, lo que hace sumamente agradable e instructivo el libro. Treinta y una hermosas láminas, acompañadas de una sucinta explicación, nos permiten hacernos cargo con un mínimo de tiempo, de la maravillosa aventura expresiva que representan varios siglos españoles de estatuaria religiosa. Todas las épocas y todos los estilos se dan cita en estas páginas, que recogen las imágenes de la Virgen más famosas de España. Coincide de una manera sorprendente la devoción popular con la calidad estrictamente plástica de la imagen. Así, el libro adquiere cierto aire de glorificación a María Santísima en sus variadas y locales representaciones.

Juan Subías Galtier, selector de esta magnífica colección de estampas, ha escrito para ella un prólogo lleno de sugerencias y que orienta perfectamente al lector sobre la evolución histórica de nuestra estatuaria religiosa. José María Junoy, director de la colección, en sus palabras proemiales, se hace eco, en cálidas frases, de la emoción del tema y de su perenne vigencia. — J. T.

SILUETAS, núm. 2. Hemos recibido el segundo número de la nueva revista «Siluetas». De agradable presentación, con papel excelente y grabados bien cuidados, presenta este número trabajos de José Bernabé Oliva, Eduardo Carballo, Concha Espina, Manuel Abril, etc., y, en conjunto, es la revista, amena y bien presentada. — R.

Muy en breve el último libro de **PIO BAROJA** (inédito) **El diablo a bajo precio** (con ilustraciones) Volumen extra de la Colección Pergamino: 7 Ptas. EDICIONES PAL-LAS BARTRES

SALA BARCINO PASEO DE GRACIA, 19. — TEL. 12367 BARCELONA **MARCOS** GRABADOS **EXPOSICION R. BARNADAS** Del 20 de diciembre al 9 de enero de 1942

LAS EXPOSICIONES Y LOS ARTISTAS

Melchor Domenge

De cualquier grupo o época extraen las generaciones futuras uno o dos nombres que son como resúmenes de su sensibilidad. Pero tan apretadas síntesis, no pueden dejar de ser partidistas e incompletas. La llamada escuela olotense, por lo que se refiere a sus primeros cincuenta años de vida, parecía agotada con el ciego Berga y los Vayreda. De que no puede considerarse así, se cuida de demostrarlo la actual Exposición de Melchor Domenge, organizada por expertos conocedores de nuestra pintura ochocentista.

Durante muchos años Domenge parecía no tener otra utilidad que la de permitir fáciles y lucrativas mixtificaciones. Sus oleos fueron, con frecuencia, simples «dobles» de Vayreda. Aparte de la moralidad de estas combinaciones, es innegable la que el sistema dejaba en el olvido el nombre de un artista que de ningún modo se hacía acreedor de ello.

Domenge, sin menoscabo de un sólido sentido constructivo, acentúa hasta lo inverosímil la tendencia irreal, fantástica, característica de algunas de las mejores telas de Vayreda. Se goza en una pintura ingenuamente ponderativa de los aspectos más sentimentales y melancólicos de la naturaleza.

Las finas y melancólicas arboledas de Olot crean en el alma de nuestro artista, ámbitos extrañamente cerrados e íntimos, casi de interior. Juego de contrastes, íntima fusión de los follajes con las nieblas matutinas, enlace profundo del verde, el carmin y el violeta. Pierden los confines en una tenue graduación de matices, protagonizando la atmósfera todo el drama sutil y grave de la luz. Las siluetas de las cosas tienen escasa importancia ante este factor más lírico e informe, musical diríamos, de la obra de Domenge.

Nos referimos, claro está, a lo que más nos interesa en esta pintura. No faltan en ella otros valores de escuela o de técnica. Pero nos parece más justo referirnos preferentemente a este vaho sutil que emerge a las cosas y que les da una vida ensañada y patética. Puro éxtasis de la naturaleza que el espíritu sereno, dulce y apasionado del artista recoge con una pasmosa y como inconsciente sinceridad.

J. Freixas Cortés

En la Sala Busquets uno de nuestros más jóvenes valores, J. Freixas Cortés, corrobora con elegante simplicidad, las esperanzas fundadas en su talento a raíz de su primera Exposición celebrada en la temporada anterior. En estos momentos en que el panorama general de nuestra pintura más bien desfallece en una lamentable falta de brío y de intención, el caso de una juventud tan íntimamente volcada a su empresa expresiva, produce una agradable sensación de alivio. Excusenos el lector cierto exceso en el elogio; pero es el caso que no nos es nada fácil detenernos con complacencia ante la mayoría de los expositores jóvenes. Por esto, cuando llega la ocasión, nos asimos a ella con el mayor deleite.

Freixas Cortés, todavía inhábil en el empleo de toda la gama de recursos técnicos que hacen la nombradía de un artista, nos da sin embargo una límpida sensación de potencia. Sus medios de expresión conservan siempre una «gaucherie» simpática y muy elocuente. Ya es buen síntoma el hecho de que rebuse toda clase de subterfugio y que plantee siempre las cosas con la máxima espontaneidad.

SALA BUSQUETS MUEBLES — OBJETOS REGALO PASEO DE GRACIA, 30 **EXPOSICION JORGE FREIXAS CORTÉS** Del 20 de diciembre al 9 de enero de 1942

Estas características permiten introducirnos en un mundo finamente melancólico, casi adolecente, por lo fugaz y leve de la palpación. Al artista no le interesa dar nos la contextura sólida y eterna de las cosas sino su contorno más impreciso y efímero. Por esto tenemos con frecuencia una pura sensación de momentos en fuga, sugeridos con trémulas pinceladas. Impresionismo todavía, pero enriquecido con cierta cruel reticencia que se complace morosamente en la matización.



«Paisaje», por Melchor Domenge

Algo de esta tendencia habíamos comprobado en la pintura de otro joven pintor: Malleo Suazo. Sería ridículo de que pretendiéramos sacar demasiadas consecuencias de esta relación, explicable por otra parte por lógicas influencias. Pero sí que es interesante señalarla por el contacto que establece entre pintores de una misma promoción.

Nosotros, en ambos casos, hemos pensado en una aclimatación a nuestra pintura de la tendencia casi enfermiza por lo sensible, que podría ilustrarse con el nombre de «Pasión». En el caso de Freixas Cortés, el paisaje, con su perenne exigencia, hace menos apremiada esta sugestión. Ella, empero, es a nuestro entender perfectamente correcta, aplicada a los desnudos femeninos de Malleo Suazo.

Louis Pastour

En las Galerías Augusta el pintor francés Louis Pastour exhibe una serie de paisajes de la Francia meridional: Niza, Cannes, etc. Predominan en la paleta del artista los colores cálidos y los contrastes violentos. Hay en estas obras como una intemperante voluptuosidad por los fulgentes destellos de la luz sobre las callejas viejas y los animados barrios marítimos de las ciudades de la costa mediterránea. A base de grandes empastes, que llegan a adquirir calidades de laca, se logran vistosos efectos. La tela produce siempre la sensación de una superficie inteligentemente trabajada. Logranse, en definitiva, difíciles síntesis de color en una sacudida y vivaz interpretación de la naturaleza.

En la pintura de Pastour interesa, sobre todo, cierta aparatividad decorativa, que nos hace pensar en hermosas e irreales láminas que ilustran algunas excelentes ediciones de libros de viaje. En todo caso, las visiones que el artista expone de la costa francesa tienen algo de límpida y exacta sugerencia. Adquieren aquellos caracteres típicos de la mejor ilustración. Eso, claro está, sin menoscabo de una innegable densidad pictórica.

PICTORIA CASPIE, 12 (entre Paseo Gracia y Via Layetana) **EXPOSICION DE PINTURAS ALUMÁ** Del 27 de diciembre de 1941 al 10 de enero de 1942

Jaime Martrús

Hace ya algunos años que no habíamos tenido ocasión de admirar la obra escultórica de Jaime Martrús. El artista expone actualmente en la Sala Gaspar sus últimas producciones, que corroboran impresiones casi olvidadas.

La obra del artista nos parece muy interesante cuando responde a una simple intención decorativa. Cuando la imaginamos adaptada a un fondo de noble arquitectura. En este sentido reciben nuestras preferen-

cias las imágenes de carácter religioso: aquella «Inmaculada», de un barroco finamente estilizado. Lo mismo afirmamos de los grupos a base de niñas y algún esbello animal, apropiadísimo para embellecer un rincón de jardín. En cambio nos parecen menos personales y expresivas las obras cuya trascendencia es simplemente plástica.

José Miguel Serrano

Aplicase Serrano, en su Exposición de dibujos de la Casa del Libro, a un tema concreto: el de los caballos. Caballos de carrera y caballos de circo, Villa y prestancia del noble bruto, sugerida en rápidas siluetas, apenas apuntadas, pero ya grávidas de vida. Leves toques de color amplifican en alguno de estos dibujos la rápida visión. Las dificultades del tema —retener con los ojos y fijar con el pincel el ágil movimiento de la bestia— han sido vencidas con un procedimiento muy audaz, que aplicando un término apropiado en esta ocasión, podríamos calificar de técnica de «riley». Lánzase el artista a una loca carrera con la confianza de que su buena suerte le llevará a la meta. No podía otro sistema ser aplicado aquí: circunspección y cautela no cuadran a la vivacidad del objeto perseguido.

Estos dibujos de Serrano serían diversos intrascendentes si no palpitaran en ellos la esencia misma del alma del artista. Con tan escasos elementos consigue Serrano incidir sobre su dramática comprensión de las cosas. Así, pues, los apuntes son drama también, reflejo de su patética y violenta sensibilidad. Aproximase el artista al clima espiritual de los «manelists» franceses del siglo pasado. Si sombra de alguien puede verse en sus obras, será siempre la de Delacroix, Chassériau o Gérault.

Serrano es uno de nuestros artistas más fuertes y originales. Sólo en la apariencia pudo satisfacer a ciertas tendencias de la moda expresiva más en boga. En el fondo, su pintura, tan decorativa a veces, contiene un elemento corrosivo, intemperante, muy propio de la obra de un solitario. J. T.

LA PINACOTECA MARCOS Y GRABADOS PASEO GRACIA, 34 — TEL. 13704 BARCELONA **EXPOSICION DE PINTURAS VENTOSA** Del 3 al 16 de enero de 1942

SALAS DE EXPOSICION

EXPOSICION José Miguel Serrano 16 Cuadros de Caballos en las GALERIAS DE ARTE de **CASA DEL LIBRO** —3, RONDA DE SAN PEDRO, 3

GALERIAS ESPAÑOLAS ROSELLON, 356-358 (junto Paseo de Gracia) Exposición de Pinturas antiguas y modernas PRIMERAS FIRMAS ANTIGUEDADES

LIBRERIA EDITORIAL GALERIAS DE ARTE Paseo de Gracia, 30 **ARGOS** Teléfono 17193 **PIERRETTE GARGALLO** figurinas en gres del 3 al 9 de enero

SALA CASPAP CUADROS MARCOS Consejo de Cliento, 323 **JAIMÉ MARTRUS** ESCULTURA **JOAQUIN TERRUELLAS** PINTURA

Galerías ALFA Ramba de Cataluña, 33 Hasta el día 9 de enero

2.ª exhibición de Pintura contemporánea PRIMER SALON A. L. A.

Galerías Layetanas — Avenida José Antonio, 613 — **EXPOSICIONES A. Ferreter P. Mayol J. Dalmau**

FAYANS CATALAN Av. José A. Primo de Rivera, 616 **EXPOSICION José Margalef** Del 1 al 15 de enero 1942

GALERIAS AUGUSTA Avenida Generalísimo Franco, 478 **PINTURAS LUIS PASTOUR** Del 27 diciembre de 1941 a 9 enero de 1942

UN centelleo de ojos, de cabellos rubios, de braciños y de piernas desnutridas; una risa desatinada, contenida, que se derrama. Era el diablillo de Titi que acababa de entrar y se abalanzaba hacia el balcón de la estancia para abrir las contraventanas. Pero, apenas había girado la aldabilla, cuando un ronco gruñido semejante al de una bestia salvaje sorprendida en su cubil, la detuvo de pronto, haciéndola volver asustada hacia el interior de la habitación.

Obscuridad.
Los postigos del balcón habían quedado entreabiertos.

Deslumbrado por la luz de exterior, en primer momento no distinguió nada, pero adivinó con terror, en aquella obscuridad, la presencia del abuelo, hundido en su butaca; enorme masa empaquetada en almohadones, chales escoceses, gruesas mantas; humo de vejez tumefacia, descompuesta en la inercia de la parálisis.

Pero no era esta presencia lo que la asustaba, sino el hecho de haber olvidado por un instante que el abuelo estaba allí, en aquella penumbra de los postigos siempre entornados. ¿Cómo había podido infringir, sin pensarlo siquiera, la orden severa que sus padres le tenían dada desde hacía tiempo, de no penetrar jamás en aquella habitación sin haber llamado a la puerta y pedido autorización para entrar? ¡Ay! ¿Cómo se dice? «Con permiso, abuelito». Sí, esto es luego, suavemente, muy suavemente, avanzar de puntillas, sin hacer el menor ruido...

La risa desatinada que tenía al entrar trocóse súbitamente en una sofocación próxima a los sollozos.

Haciéndose muy pequeña, la niña, temblorosa, dirigióse de puntillas hacia la puerta, sin pensar que el anciano, habituado a esta profunda penumbra, la seguía con los ojos. Estaba próxima al dintel, cuando la llamó a su lado con un «¡aquí!» imperioso y duro.

Siempre de puntillas, la niña aproximóse indecisa, atemorizada, conteniendo la respiración. A su vez, ella empezaba a distinguir las cosas en la penumbra. Entrevió los dos ojos escrutadores, malignos, del abuelo y al instante bajó los suyos.

En los ojos del anciano, al abrigo de los párpados rojizos y abotargados que hacían pensar en el repugnante contacto de la tarántula, el alma parecía haberse refugiado, velando en un constante terror, en una intensidad de odio callado y feroz, expulsada de todo el resto del cuerpo ya invadido e inmovilizado por la muerte.

Apenas podía aún intentar mover una mano, la izquierda, después de haber fijado largo rato su mirada en ella, como para comunicarle el movimiento. Concentrando su voluntad a la altura de la muñeca, con gran trabajo conseguía levantar un poco por encima de las mantas aquella mano que no tardaba en volver a caer inerte.

El viejo obstinábese sin cesar en aquel ejercicio: la apariencia de movimiento que, por un instante, podía aún obtener de su cuerpo, era para él la vida, toda la vida de la cual los otros participaban libremente. También él podía aún disfrutarla, pero sólo en aquella medida y nada más.

—¿Por qué... el balcón?... —farfulló, embrollándosele la lengua.

La chiquilla no respondió. Seguía temblando; pero, en este temblor, el anciano distinguió repentinamente algo desacomodado. No se trataba del temblor de miedo habitual, a duras penas reprimido por la niña cada vez que su padre o su madre la obligaban a acercarse a él. Esta vez el miedo causado por su brusca y severa llamada ocultaba alguna otra cosa; el temblor de la pequeña parecíase más bien a una especie de raro estremecimiento.

—¿Qué tienes? —le preguntó.

La niña, sin atreverse casi a levantar los ojos, respondió:

—Nada.

Pero, en su voz y también en su respiración, el anciano notó algo insólito. Con mayor encono, repitió de nuevo:

—¿Qué tienes?

Una explosión de sollozos. Entre tanto, la pequeña revolcábase por el suelo, convulsa; gritaba, agitábase con tal violencia y tal rabia que exasperaban tanto más al abuelo por cuanto le parecían verdaderamente inexplicables.

Su nuera hizo irrupción en la estancia, gritando:

—¡Dios mío! Titi, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué te pasa? Vaya, vaya, cállate... Ven aquí con mamá. ¿Cómo ha sido que has entrado aquí? ¿Qué dices? ¿Malo? ¿Quién, el abuelo es malo? Tú eres la mala... Vamos, el abuelo, el abuelo que te quiere tanto... Pero, ¿qué es lo que ha ocurrido?

El anciano, a quien iba dirigida esta última pregunta, miró con aire feroz la boca fresca y risueña de su nuera, luego el hermoso mechón de cabellos rubios de oro que la pequeña, refugiada ahora en los brazos de su madre, le esparcía por la frente, agitándose con furia.

—¡Ay, Titi, mi pelo!... ¡Por Dios... que me lo arrancas todo, grandísima bribona! Ten, mira... Todo el pelo de mamá en tu mano... el pelo de tu mamá... mira, mira...

Y, de entre los dedos separados de aquella manita infantil, sacó uno, dos, luego tres hilos de oro, sin dejar de repetir:

—Mira... mira... mira...

La niña, bruscamente impresionada como si hubiese realmente arrancado todo el pelo de su mamá, se puso a mirar su manita, con los ojos llenos de lágrimas. No vio nada; pero, al oír la risa sonora de su madre, encolerizóse nuevamente y la joven tuvo que sacarla de la habitación.

El anciano jadeaba con creciente cólera.
—Pero, ¿qué tienen? ¿Qué les pasa?

En los ojos, en la voz, en la risa de su nuera, en el gesto que había hecho al retirar de entre los de-

UN CUENTO
DE LUIGI
PIRANDELLO

SOPLO DE

ditos, uno a uno, los cabellos arrancados, había observado algo completamente insólito.

En efecto, ni su nuera, ni su nieta, acostumbraban a ser así. ¿Qué tenían, pues?

Llegó al colmo de su ira cuando, al bajar los ojos sobre la manta que recubría sus piernas, divisó uno de los cabellos de su nuera. Ligero, tan ligero, había debido posarse allí, sobre sus piernas muertas, en el momento en que la joven se había echado a reír.

Obstinóse largo rato en arrastrar su mano sobre la manta, intentando alcanzar aquel cabello que le parecía una odiosa burla. Jadeante, después de haber vanamente renovado su tentativa durante una media hora, estaba literalmente agotado cuando su hijo entró a verle, como todas las mañanas, antes de marchar a sus ocupaciones.

—¡Buenos días, papá!
El anciano levantó la cabeza. Su mirada era turbia y sombría, como dilatada por una especie de medroso estupor. ¡Ahora le tocaba el turno a su hijo!

El joven creyó leer el descontento en los ojos de su padre. Pensando que la causa era la desobediencia de la niña, apresuróse a decir:

—Ese diablillo te ha importunado, ¿verdad? Ya la oyes como llora. Es que la he reñido, sabes. Hasta luego, papá, tengo prisa. Nerina no tardará en venir. Y se fué.

La mirada del viejo, llena del mismo inquieto estupor, le siguió hasta el dintel de la puerta.

¡Ah! ¿Cómo, también su hijo! Nunca había erupcionado aquel tono para decirle: «¡Buenos días, papá!» ¿Por qué? ¿Qué esperaba? ¿Es que todos se ponían de acuerdo contra él? ¿Qué es lo que había ocurrido? Primero la pequeña que había entrado muy temblorosa... luego la madre con aquella risa... a causa de sus cabellos arrancados... y ahora venía su hijo con aquel alegre: «¡Buenos días, papá!»

Respirábase algo que querían ocultarle. Pero, ¿qué?

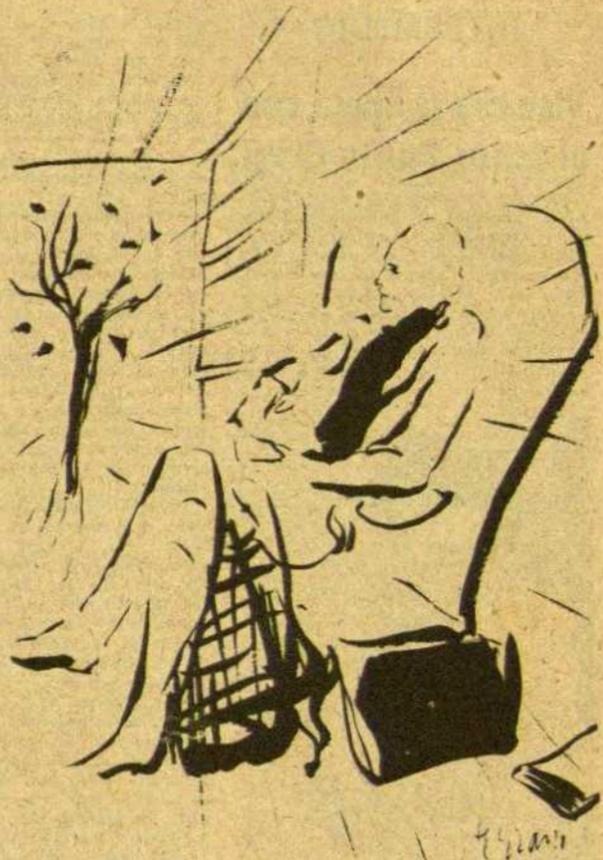
Hijo, nuera, nieta, se habían apropiado el mundo, ese mundo creado por él y en el cual los había situado. Y del mismo modo apropiábanse el tiempo como si él estuviese excluido y tampoco viese, respirase ni pensase. Sin embargo, respiraba todavía; lo veía todo mucho mejor que ellos y nada se le escapaba.

Por su espíritu cruzábanse, como relámpagos de tormenta, imágenes y recuerdos en desordenado torbellino. La Plata, la pampa, las marismas a lo largo de los ríos perdidos, los inmensos rebaños pateando, balando, relinchando, mugiendo. Salido de la nada, en cuarenta y cinco años había acumulado allá una fortuna. Todos los medios le habían sido buenos, todos los engaños. Había cogido al vuelo la ocasión, preparado pacientemente las trampas. Al principio fué guardián de rebaños, antes de ser colono; más tarde, dedicóse a las grandes empresas de ferrocarriles, y, por fin, constructor. De regreso a Italia, al cabo de quince años, habíase casado y, bruscamente, después del nacimiento de este hijo único, había vuelto a marcharse allá, sólo. Su mujer murió sin que él pudiese volverla a ver y su hijo, educado por sus abuelos maternos, creció lejos de él. Hacía cuatro años que había vuelto, enfermo, casi moribundo, horriblemente hinchado por la hidropesía, las arterias endurecidas, el corazón gastado. Pero no se dio por vencido; a despecho de que sus días, y tal vez sus horas, estaban contados, había querido adquirir terrenos en Roma y edificar nuevas construcciones. Al instante puso los trabajos en marcha. Se hacía conducir en su silla las ruedas a los talleres, para vivir en medio de los obreros, en la fiebre de la acción, y permanecía allí, duro como la roca, tumefacto, enorme. Cada quincena le extraían a litros el agua del vientre, y no tardaba en volver a su puesto, hasta que un día (de esto hacía dos años) un ataque de parálisis lo habían abatido al fondo de su sillón, sin rematario, no obstante. La gracia de morir al pie del cañón le era negada. Desde hacía dos años, con el cuerpo hecho una ruina, consumíase en la espera de su última hora, lleno de resentimiento a la vista de su hijo que tan poco se le parecía, que era casi un desconocido para él; este hijo que, sin ninguna necesidad, una vez cerrados los talleres y la enorme fortuna paterna convertida en rentas, había continuado ejerciendo sus modestas funciones de hombre de leyes, como para negar toda satisfacción a su padre y vengar a su madre y a él mismo de un largo abandono.

Ninguna comunidad de vida, de ideas, de sentimientos, existía con su hijo. Lo detestaba, sí, al igual que detestaba a su nuera y a su nieta, sí, sí, los detestaba por haberle excluido de sus vidas y también... también porque rehusaban decirle lo que hoy ocurría y que los volvía a los tres tan diferentes de lo que eran de ordinario.

De sus ojos brotaron gruesas lágrimas. Olvidando lo que había sido durante tantos años, abandonóse al llanto como un niño.

Nerina, la pequeña sirvienta, no hizo caso alguno de sus lágrimas cuando, poco después, entró para prestarle sus cuidados. Con lo lleno de agua que estaba el viejo, no era malo que le saliese una poca por los ojos. Al menos esto pensaba ella mientras le enjugaba el rostro, sin miramientos; seguidamente,



cogiendo la escudilla de leche, mojó en ella el primer biscocho y empezó a darle de comer.

—Coma usted, coma.

El procuró espiar a hurtadillas a la pequeña sirvienta. Hubo un momento en que la oyó suspirar, pero no de fatiga ni de pena. Apresuróse a levantar los ojos para mirarla a la cara. Seguramente iba a lanzar otro suspiro, aquella melindrosa. Por el contrario, sintiéndose observada, ella fué expirando poco a poco su respiración por la nariz, meneando la cabeza como si estuviese enfadada. ¿Por qué, se había ruborizado de pronto? ¿Qué le pasaba a ésta también?

Todos, sí, todos tenían hoy algo desacomodado. Dejó de comer.

—¿Qué tienes? — le preguntó con aspereza.

—¿Qué tengo? ¿Yo? — dijo la pequeña sirvienta, aturrida por la pregunta.

—Sí, tú... todos... ¿Qué hay? ¿Qué os pasa?

—Pues nada... No sé... ¿Qué es lo que usted ve en mí?

—Suspirabas.

—¿Yo? ¿Suspiraba? No, ciertamente, o al menos no lo he hecho adrede. Ninguna razón tengo para suspirar.

Y se echó a reír.

—¿Por qué te ríes de esa manera?

—¿Yo me río? Me río porque... porque ha dicho que suspiraba.

Y se puso a reír con más ganas, sin poderse contener.

—¡Vete! — le gritó entonces el viejo.

Más tarde, ya al anochecer, cuando el médico fué a hacerle la visita acostumbrada y con él penetraron en la alcoba su nuera, su hijo y su nieta, la idea de que algo había ocurrido, la idea que hasta en sueños le había atormentado confirmábase con cegadora certeza.

Todos estaban en connivencia. Delante de él hablaban de cosas indiferentes para burlar su atención, pero bastaba observarlos para adivinar su convenio. Jamás habían intercambiado miradas semejantes. Los gestos, la entonación, las sonrisas, no guardaban relación alguna con sus palabras. ¿Por qué tan calurosa discusión acerca de las pelucas que volvían a estar de moda?

—¿Verdes, dice usted? ¿Verdes, violetas? — exclamaba su nuera, con la tez avivada, con indignación tan mal fingida que no conseguía evitar la risa de su boca.

Aquella boca reía sola y las manos se levantaban por sí mismas para acariciar los cabellos, como si éstos reclamasen la caricia.

—Evidentemente, evidentemente — contestaba el médico, con la beatitud pintada en su cara de luna llena. — Cuando se tienen unos cabellos como los de usted, sería pecado ocultarlos bajo una peluca.

Esta vez el anciano a duras penas pudo contener su rabia. Habría querido echarlos a todos de la habitación con un aullido de bestia salvaje. Así, tan pronto el médico abandonó la estancia, acompañado por la joven que llevaba la niña de la mano, descargó toda su ira sobre su hijo. Le lanzó la misma pregunta que

AIRE

«Ninguna comunidad de vida, de ideas, de sentimientos existía con su hijo. Lo detestaba, sí, al igual que detestaba a su nuera y su nieta porque rehusaban decirle lo que hoy ocurría y que los volvía a los tres tan diferentes...»

vanamente había hecho a su nieta y a la sirvienta: —¿Qué tenéis? ¿Por qué estáis todos así, hoy? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué me ocultáis?

—Pues nada, papá. ¿Qué quieres que te ocultemos? —respondió su hijo, extrañado y afligido. — Te aseguro que estamos como de costumbre.

—No es cierto. Os pasa algo: lo veo, lo siento. ¿Tú crees que no veo nada, que no siento nada, porque estoy en este estado?

—No sé verdaderamente qué nos encuentras, papá. No ha ocurrido nada, te lo he asegurado y te lo aseguro nuevamente. ¡Vamos, vamos, no te alteres!

Su acento de sinceridad calmó un poco al anciano, sin convencerle no obstante. No había duda de que pasaba algo extraordinario. Lo veía, lo descubría en ellos.

Pero, ¿qué era?

En cuanto se quedó solo, la respuesta le vino de pronto, furtivamente, del balcón.

La puertaventana, cuya aldabilla había girado la niña por la mañana, entreabrióse suavemente en las primeras horas de la noche, empujada por un ligero soplo de aire.

No se apercibió de momento el anciano, pero sintió que toda la alcoba llenábase de un embriagador y delicioso perfume que subía de los jardines vecinos. Volvió la cabeza y vio en el suelo un rayo de luna, parecía el rastro luminoso de los perfumes en la profunda obscuridad de la alcoba.

—¡Ah! Es esto... es esto.

Los demás no podían verlo ni sentirle en el fondo de sí mismos, porque estaban aún demasiado internados en la vida. Pero él, que ya se haballa en los ruidos, próximo a salirse, el lo había visto, lo había sentido sólo, con observables. Por esto, sí, era por esto por lo que aquella mañana su nieta no temblaba como de costumbre, sino que se estremecía toda; por esto su nuera reía y jugaba con sus cabellos; por esto la pequeña sirvienta suspiraba; por esto todos tenían aquel raro aspecto, sin saberlo siquiera.

La primavera acababa de llegar.

(Traducción de Rosa Granés. Ilustración de Serrano.)

RETABLO

GRAFOLOGIA

DOS. — Terrible obstinación es la suya, y debe procurar corregirse, pues ello será causa de que sufra varios disgustos o contrariedades, pues, es tan frecuente el que tengamos que someternos a los demás! — Nerviosismo muy acusado. — Disimulo de sus sentimientos. — Buena memoria. — Carácter recto e inflexible, con tendencia al pesimismo. — Concede gran importancia al dinero. — No es ambicioso. — Claridad de ideas. — Carece de gusto artístico. — No es indulgente. — En ocasiones es reservado y en cambio, en otras, dice más de lo que debería. Hablar... hablamos todos, pero, saber callar es tan difícil!

SEGUNDA. — Gran sensibilidad es la suya. — Resulta, en el original estudiado su arte perfecto para el disimulo... Muestra distinto tantas veces como le conviene, y en cada una de ellas ofrece la sensación de ser sincero. ¡Qué actor tan excelente haría usted! Imaginación exuberante y rica que le hace vivir horas sublimes. — La cultura es rudimentaria, y es lástima, pues con método, podría sacar excelente resultado de su inteligencia. — Vanidad y orgullo... La voluntad es débil, muy influenciada y quebradiza. — Concede al dinero su justo valor. Orden.

ILUSION. — Es usted muy sensible, tanto, que cualquier circunstancia de la vida, la emoción y suma en hondos depresiones morales. En lugar de elevar su espíritu, lo aplasta más y más y así, cómo puede ser nunca feliz? — Posee lógica y, sin embargo, no la emplea en sí misma. — Voluntad muy firme, muy fría, hasta despietada. ¡Qué afán de dominar es el suyo! Ni orden ni método. — Vanidad. — Un nerviosismo que se manifiesta en contadas ocasiones. — Memoria. — Ligerio disimulo. — No tiene gusto artístico. — Concede al dinero un valor que bien puede calificarse de excesivo.

UNA FRACASADA. — No veo la razón de tal desespero. En cuanto a inteligencia, nada tiene que envidiar, y puede considerarse su cultura lo suficiente buena para salir airoso donde pueda demostrarlo. — Es Vd., tal vez, demasiado buena, y ello acarrea siempre disgustos, decepciones y sinsabores. — Nerviosilla y un poco especial en sus cosas, pero ¿por qué no emplear esa voluntad, que tiene trazos de firmeza? — No intente siquiera aparentar lo contrario de sus sensaciones ni querer despreciar su forma de ser. Los defectos son patrimonio

de la Humanidad, y nadie está exento de ellos. — Ahoga su sensibilidad y hay egoísmo en sus actos. — Sea más ambiciosa y emprenda las cosas con mayor entusiasmo. — Poco cariño en sus palabras.

MIQUEL ANGEL. — Resulta en su grafismo su maravillosa memoria y su temperamento de artista; lástima que su inteligencia, que es clara y bien equilibrada, no sea trabajada debidamente ni encauzada en terreno firme sus excelentes disposiciones. — Sentido crítico innato. — Criterio recto, formado, no susceptible de influencias. — Sabe apreciar en lo que vale una confidencia y guardar un secreto. — Disimulo no constante de sus sentimientos. — No se observa que haya orgullo ni menos ambición. — Ligería tendencia al pesimismo, pero no acostumbra a dejarse abatir por depresiones morales. — Agradece su ofrecimiento y ¡quién sabe!, quizá algún día me aproveche de él.

OSMOS D. — El mundo en que vivimos no está en consonancia con su espiritualidad. Su alma sensible, su imaginación rica y poblada de ideas magníficas, mas desgraciadamente, poco prácticas, le hacen entrever una realidad muy distinta a la positiva. En ese sentido, posee suficientes dotes y no es de extrañar cierta alientos de vanidad. Examina Vd. las cosas y deduce consecuencia inmediata de los hechos. — Le gusta charlar, comentar, y su carácter es más bien alegre. — Falla la voluntad muchas veces. Se deja influenciar y pierde todo su valor. Hay, no obstante, bastante oposición. — Estima el dinero y raramente lo malgasta. — No siente rencores y olvida al momento el mal producido. — Jamás echó un escrito a la papelera sin haberlo contestado...

EL Sr. ADMIRADOR DE NIGROM. — Comprendo perfectamente el desacuerdo existente entre sus íntimos y Vd. Despiesta su personalidad y se muestra varias veces al revés de la realidad. No le gusta, e incluso le molesta, ser por todos conocido, y eso hace que formen una idea errónea de su carácter. ¿Verdad que no muy nervioso? Especial en sus cosas, gustos y aficiones. — Debería vencer también esa pereza que anula infinitas actividades. — No puede precisarse el grado de voluntad, variable en extremo, y tampoco la obstinación que se manifiestan en determinados momentos. — Espíritu inquietante y ansioso que siente nostalgias de cosas fuera de nuestro alcance. — Metódico. — Impenetrable para los que no merecen su confianza. — Ducho en los números. — Buena memoria. ¿De acuerdo?...

AJEDREZ

No es preciso, en el transcurso de la partida, cambiar las piezas sin ton ni son. A menudo, tan equivocada táctica, suele producir amargas consecuencias. Buen ejemplo de lo dicho es la partida siguiente:

Apertura de los cuatro caballos

Biancas	Negras
W. Lane	H. Sewall
1. P4R	P4R
2. C3AR	C3AP
3. C3A	C3A
4. A4A	A4A
5. F3D	F3D
6. ASCR	ASR
7. AXA

Cambio desfavorable, ya que favorece los planes del enemigo.

7.	PXA
8. O-O	O-O
8. C2R	D2D
10. AXC

Otro cambio desfavorable, porque facilita la entrada en juego de la T enemiga.

10.	TXA
11. P4D	PXP
12. C2RXP	CXC
13. CXC	D2A
14. C3A	D4T
15. D2R	TDIAR
16. T1D	TXC

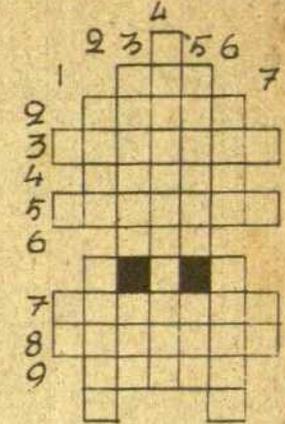
Un sacrificio de cambio gofrectísimo.

17. PXT	T3A
18. D2D	T3C+

Abandonan, ya que contra la amenaza 19... T3T, no hay ninguna defensa eficaz.

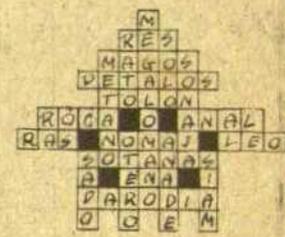
C. S.

CRUCIGRAMAS



- HORIZONTALES**
1. Astro. — 2. En el rostro.
 3. Salvaje de las Antillas.
 4. Lo usan las costureras.
 5. Puntapié — 6. Metal.
 7. Protagonista cuento, oriental. — 8. Aposento. — 10. Flotar.
- VERTICALES**
1. Al revés, interjección.
 2. Adjetivo. — Perro cruzado.
 3. Composición poética.
 4. Quiere. — 4. Periódico español. — 5. Tumor del ganado. Cólera. — 6. Tiene pocos pelos en la barba. — Citaré.
 7. Al revés, negación.

Solución al número anterior



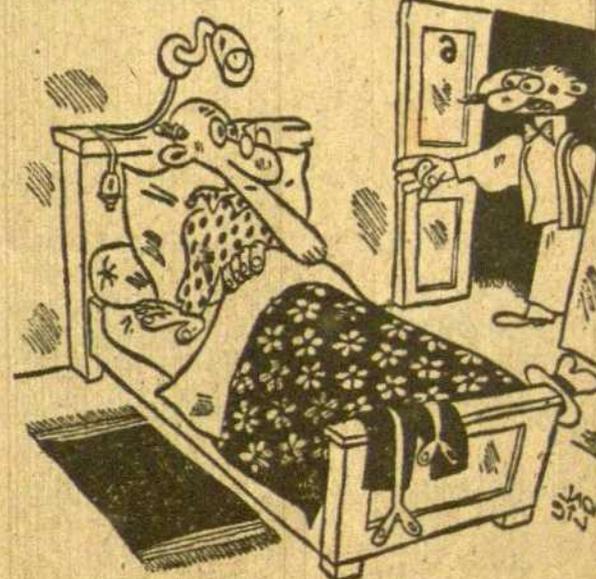
HUMOR



LA CITA
— Esperaré todavía dos días y luego me iré.



— Ya lo sabe, siempre que nos necesite no tiene más que llamarnos.



Es ya casi mediodía. Es preciso que se levante usted, pues necesitamos la sábana para poner la mesa.

Champaña RIGOL

Antiguo prestigio de las cavas nacionales

S. SADURNI DE NOYA



La guerra se desarrolla en condiciones especiales en cada uno de sus múltiples frentes. En contraste con los fríos de Rusia, los soldados de África pelean en paisajes con frecuencia desérticos. He aquí, junto al mar, una ametralladora alemana protegida por las descarnadas rocas que bordean la arena



Reclutas de la R. A. F. realizando ejercicios de educación física en la arena de una vasta playa. Un alavoz dirige los movimientos de esta numerosísima concentración

BANCO DE LA PROPIEDAD ●

GERONA, 2 (RONDA SAN PEDRO)
TELEFONO 53191 — BARCELONA

Compra-venta y administración de fincas — Préstamos con garantía de alquileres — Cuentas corrientes — Caja de Ahorros — Valores
Cupones — Depósitos

Sucursales en: Madrid, Valladolid y Zaragoza. Delegación en Sabadell. Agencias en: Badalona, Hospitalet de Llobregat y Tarrasa

Dirección telegráfica: PROPIEBANC